Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XIX | San José, Costa Rica **1929** Sábado 28 de Septiembre | Núm. 12

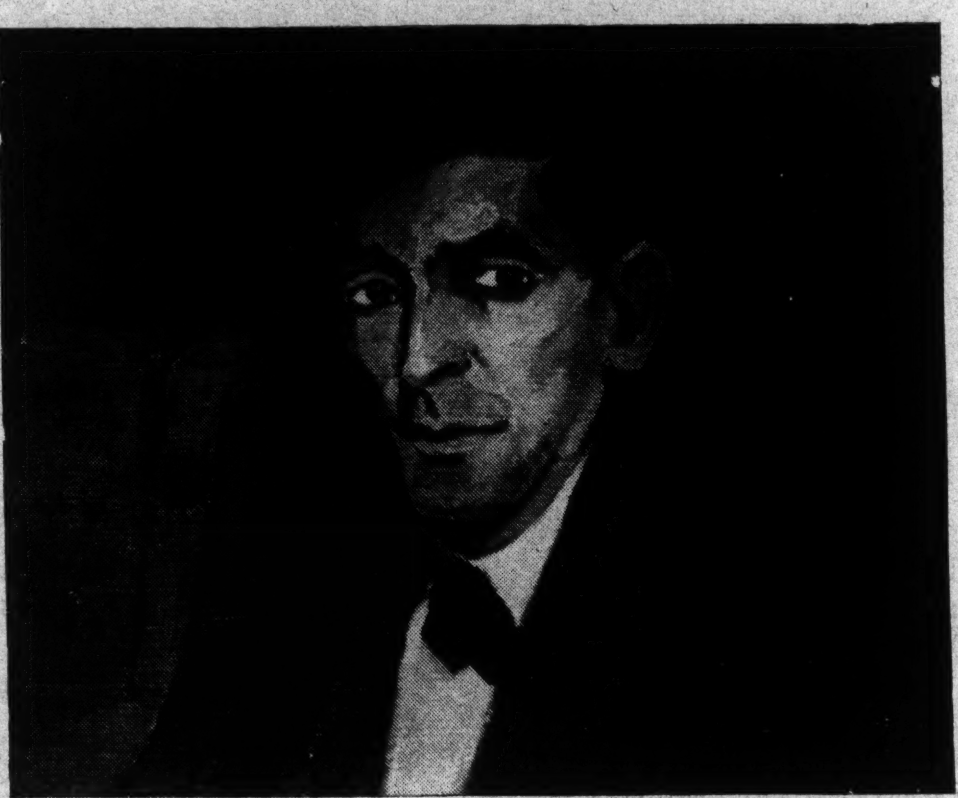
Año XI. No. 466

SUMARIO

Escritores universales en América

José Carlos Mariátegui

...José Carlos Mariátegui pertenece ya a la categoría de los escritores universales en América. Su educación, su manera de sentir, su visión de los tiempos no es americana sino en cuanto el continente a que pertenecemos forma parte con la mentalidad de sus mejores unidades y las aspiraciones comunes a todos sus habitantes, de la cultura predominante en los países occidentales. Lo dice clara y bellamente: «No faltan quienes me suponen un europeizante, ajeno a los hechos y a las cuestiones de mi país. Que mi obra se encargue de justificarme contra esta barata e interesada conjetura. He hecho en Europa mi mejor aprendizaje. Y creo que no hay salvación para Indo-América sin la ciencia y el pensamiento europeos u occidentales. Sarmiento, que es todavía uno de los creadores de la argentinidad, fué en su época un europeizante. No encontró mejor modo de ser argentino.» Como se ve, el sentimiento de solidaridad humana no está limitado en Mariátegui por las costas peruanas y por las hitas que señalan el comienzo de otra soberanía. Con los deberes de la patria y el sentimiento de la nacionalidad están en su formación espiritual ligados los ideales de la cultura greco-romana.



Retrato por *Julio Codesido* (Lima, 1929.)

Aunque a juicio del autor ninguno de los «siete ensayos» de que se compone su obra está acabado, la lectura de ellos deja una sensación de conjunto sobre la cual se puede en efecto construir una realidad, dijera yo más bien una idealidad peruana enhiesta y completa. A juzgar por la bella cita de Nietzsche puesta como lema de estos graves estudios, Mariátegui no tuvo en su ánimo hacer un libro con ellos. Dijo Nietzsche: «No quiero ya leer autores en quienes se percibe la intención de hacer un libro: sino aquellos tan sólo cuyo pensamiento se convierte inopinadamente en un libro.» En esto se parecen las dos obras que vamos comentando (1). Tampoco tendría Solano la intención de formar con los diversos artículos, conferencias y crónicas de que se compone *La melancolía de la raza indígena* un volumen destinado al público. Algunas de estas piezas sólo están unidas al todo por la vasta onda de nacionalismo que pasa sobre todas ellas. En cambio, la obra de Mariátegui tan semejante en muchos aspectos fundamentales a la de Solano deja una mayor impresión de unidad. Aunque no hubiera sido su voluntad unir estos ensayos con el hilo de oro de la unidad literaria y filosófica, su inteligencia y sus preocupaciones literarias y científicas hicieron de ella un hermoso cuerpo. El esquema es científico, el desempeño es artístico por la armonía que guardan entre sí unas partes con otras. En la sensación de conjunto predomina el elemento artístico por las cualidades de gracia, de fuerza, de sobriedad estética, de propiedad y elegancia que caracterizan el estilo de Mariátegui. Sin duda sus lecturas predilectas han sido las obras de los críticos, los naturalistas, los expositores ingleses de economía política. Más de una vez y muy atinadamente cita *La rama dorada* (The Golden Bough) de Frazer, una de las más hermosas y penetrantes disquisiciones sobre el origen de las instituciones y las creencias humanas, obra recomendable además por las excelencias del estilo.

La «realidad peruana» de Mariátegui abarca todos los aspectos de la vida nacional. El problema indígena es apenas una parte si bien la más considerable y original de su obra. Para el autor de los «siete ensayos» la eliminación de las inquietudes provenientes de la actual condición del indio no se conseguirá de otro modo que atendiendo al aspecto económico de la vida nacional. Para él este problema es de naturaleza y de solución agrarias. Su lección de esta contingencia no es la difusión de la enseñanza para sacar al indio del plano de desolaciones en que le colocó la conquista.

No adquirirá conciencia palmaria de ciudadano del Perú y de miembro de la familia humana, aunque se le instruya copiosamente, mientras la tierra que le perteneció un tiempo en común con todos sus hermanos, continúe siendo la propiedad de unos pocos y les sirva a éstos de incuestionable utensilio de dominio. Mariátegui describe la triste situación del indígena del Perú con toques en mucho semejantes a la visión que dejan las páginas de Solano. Reduciéndonos al problema colombiano cuyos coeficientes por eliminar nos son más conocidos, se nos antoja que en efecto la educación sola o combinada con la redistribución territorial no llegaría a resolverlo en Colombia. En este país el espíritu de casta, resultado del dominio continuo, desmañado, celoso, y arrogante de un partido político durante medio siglo, envuelve complicaciones y contradicciones más enmarañadas que el problema de la sujeción económica y espiritual del aborigen.

Ello es patente porque el indio educado, propietario e incorporado en Colombia a la casta regente es un ser desvinculado de su especie y adquiere, desplantándose, todas las características del blanco dominador. A veces le sobrepasa en intransigencia, en voracidad y en cinismo. Acaso en el Perú la solución agraria sea la más en consonancia con la vida nacional, en Colombia ese o cualesquiera otros expedientes que no tiendan a la supresión del espíritu de casta estableciendo la justicia y la igualdad en el acceso a todas las oportunidades naturales y políticas serán tentativas frus-

(1) José Carlos Mariátegui: *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Ed. Minerva. Lima. 1928 y Armando: Solano *La melancolía de la raza indígena*. Bogotá. 1929.

tráneas por más sana que sea la intención inspiradora.

Parte substancial y de grande interés para los lectores americanos en la obra de Mariátegui es el capítulo intitulado *El proceso de la literatura* Una advertencia del autor acrecienta el valor de sus juicios: «El espíritu del hombre es indivisible; y no me duelo de esta fatalidad sino, por el contrario, la reconozco como una necesidad de plenitud y coherencia. Declaro, sin escrúpulo, que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas, aunque dado el descrédito y degeneración de este vocablo en el lenguaje corriente, debo agregar que la política en mí es filosofía y religión.» En esta muestra de probidad intelectual se descubre ante todo en Mariátegui la cualidad fundamental del escritor. Sus talentos están enmarcados en una recia personalidad y en la actividad literaria del autor preside el carácter.

B. Sanín Cano

Lecturas Dominicales
N.º 298.—Bogotá

Rusia y China

El ataque a la U. R. S. S. por uno de los Estados que la diplomacia y la finanza de los imperialismos capitalistas puede movilizar contra la revolución rusa estaba demasiado previsto desde que a la etapa del reconocimiento de los Soviets por los gobiernos de Occidente —empujados en parte a esta actitud, según lo observa Alvarez del Vayo por la esperanza de que los negocios en Rusia aliviasen su crisis industrial—siguió la etapa de hostilidad y agresión inaugurada por el allanamiento de la casa Arcos en Londres. Desde entonces es evidente la reaparición en las potencias capitalistas de un acre humor anti-soviético Mr. Baldwin no trepidó en aceptar las responsabilidades de la ruptura de las relaciones diplomáticas, restablecidas por el primer gabinete Mac. Donald. Y en Francia una estridente campaña de prensa, subsidiada y dirigida por la más notoria plutocracia, exigió el retiro del Embajador Rakovsky.

Pero, generalmente, se pensaba que la ofensiva comenzaría otra vez en Occidente. Polonia se ha impuesto el oficio de gendarme de la reacción. Y el general Pilsudsky, en vena siempre de aventuras más o menos napoleónicas, se ha entrenado bastante en la conspiración y la maniobra anti-soviéticas. Rumanía, favorecida por la paz con la anexión de la Besarabia, a expensas de Rusia y del principio de libre determinación de las nacionalidades, es otro foco de intrigas y rencores contra la U. R. S. S. Y, en general, a ningún trabajo se han mostrado tan atentas las potencias de Occidente como al de interponer entre la U. R. S. S. y la vieja Europa demoburguesa una sólida muralla de Estados incondicionalmente adictos a la política imperialista del capitalismo.

La amenaza a que más sensible se manifestaba esta política era, sinembargo, la de la creciente influencia de Rusia en Oriente. Y era lógico, por consiguiente, que la nueva ofensiva anti-rusa eligiese para sus operaciones los países asiáticos. En esto el Imperio Británico, sobre todo, continuaba su tradición. Inglaterra, desde los tiempos de Disraeli. ha sentido en Rusia su mayor rival en Asia.

En la política de Persia, la mano de Inglaterra se ha movido activamente contra Rusia en los últimos tiempos, en modo demasiado ostensible. Y, a partir del nuevo curso de la política china, que ha hecho del Kuo-Ming-Tang y sus generales un instrumento más perfecto y moderno de los intereses imperialistas que los antiguos caudillos feudales, la excitación de China contra Rusia no ha cesado un instante. La actitud de las autoridades de la Manchuria expulsando intempestivamente a los rusos de esa parte de la China y apoderándose de modo violento del ferrocarril oriental, no es sino un efecto de un trabajo, cuyos antecedentes hay que buscar en la lucha de los imperialismos capitalistas contra los Soviets durante la acción nacionalista revolucionaria del Kuo-Ming-Tang.

El Japón juega, sin duda, en la preparación de esta actitud china un rol preponderante. Las inversiones del Japón en la Manchuria alcanzan una cifra conspicua. La penetración japonesa en la China, en general, avanza a grandes pasos desde la guerra que hizo del Japón algo así como el fiduciario de la Entente en el Extremo Oriente. La Conferencia de Washington sobre los asuntos chinos, tuvo entre sus principales objetos el de contener la expansión japonesa en la China. Estos intereses económicos se han reflejado incesantemente en el desarrollo de la política. El Japón, occidentalizado y progresista, se ha esmerado a este respecto en la colaboración con los elementos más retrógrados de la China. El Club An-Fú fué su partido predilecto. Luego Chang-So-Ling, el dictador de la Manchuria, acaparó sus simpatías. Y las ambiciones del Japón sobre Manchuria son de vieja data. El ferrocarril ruso de la Manchuria recuerda, precisamente, al Japón una de sus derrotas diplomáticas. Su victoria sobre la China en 1895 le pareció título bastante para instalarse en la península de Liao-Tung, en Port Arthur, en Dalny, en Wei-Hai-Wei y la Corea. Pero, entonces, este apetito excesivo y poco razonable estaba en absoluto conflicto con los intereses de las potencias europeas. Rusia zarista, particularmente, que acababa de construir la línea transiberiana, no podía avenirse a las pretensiones desmesuradas del Japón. La diplomacia de Rusia, Francia y Alemania obligó al Japón a soltar la presa. Y, más tarde, Rusia se hacía adjudicar el Liao-Tung con Port Arthur y Dalny y obtenía la autorización de construir el ferrocarril de la Manchuria. Rusia perdió en la guerra con el Japón una parte de estas posiciones: pero entre otras, juzgadas incontestables, conservó la del ferrocarril. Y en 1924, el propio gobierno de Chang-So Ling reconoció a Rusia sus derechos sobre esta vía férrea. La diplomacia revolucionaria de los Soviets había roto con la tradición del zarismo en las relaciones con China, renunciando a los derechos de extra-territorialidad y otros que los tratados vigentes con las potencias europeas le reconocían. Rusia había inaugurado una nueva etapa en las relaciones de Europa con China, tratándola de igual a igual. Chang-So-Ling, dictador feudal del más raccionario espíritu, no era por cierto un gobernante dispuesto a apreciar debidamente este lado de la nueva política rusa. Pero los derechos de Rusia aparecían tan indiscutibles que el tratado no podía conducir sino a su ratificación.

La conducta de la China va contra toda norma de derecho. Un telegrama de Ginebra comunica «que los juristas de Ginebra y la Haya se muestran generalmente inclinados a favorecer la actitud de los abogados de Moscú, quienes insisten en que la China no ha tenido ninguna causa justificada para proceder en la violenta y repentina forma que lo hiciera, sin tratar siquiera de justificar su actitud mediante avisos previos». Esta opinión, dada la ninguna simpatía de que goza la Rusia soviética en el ambiente de la Sociedad de las Naciones, revela que la sutileza de los jurisconsultos no encuentra excusa seria para el proceder chino. Se invoca, como de costumbre, el pretexto bastante desacreditado, de la propaganda comunista. Pero esta propaganda, en caso de estar comprobada, podría haber sido una razón para medidas circunscritas a los «elementos no deseables». Es imposible explicar con el argumento de la propaganda comunista, las prisiones y exportaciones en masa y la confiscación del ferrocarril.

La política del Japón en la China obedece a intereses distintos y aún rivales de los que dictan la política yanqui. Habían dejado de coincidir aún con los de la política yanqui. La lucha entre los imperialismos rivales es, sin duda, un obstáculo para un inmediato frente único anti-soviético de las grandes potencias capitalistas. El pacto Kellog confronta su primera gran prueba, lo mismo que la diplomacia laborista. La China feudal o militarista, la China de Chang Hseuh Liang o Chang Kai Shek, carece de voluntad en este conflicto. No será ella, en el fondo, la que dé la respuesta que aguarda la demanda soviética.

China y la ofensiva anti-soviética

En los tiempos en que la revolución nacionalista amenazaba los privilegios de las grandes potencias occidentales en la China, las agencias telegráficas cuidaban de acentuar los colores sombríos en el cuadro de la República de Sun Yat Sen. La China revolucionaria, amiga de la Rusia soviética, no podía inspirar sino sospechas y disgusto al Occidente capitalista. La marejada china era descrita como una de las tormentas en que estaban a punto de zozobrar egregios valores de la civilización. Los lugares comunes de la época de la expedición contra los *boxers* sobre la China bárbara, tornaban a ser puestos en circulación ligeramente entonados al estilo post-bélico.

Ahora que un Kuo-Ming-Tang domesticado y una República benévola a los intereses imperialistas, después de haber ahogado en sangre las reivindicaciones proletarias y de haber despedido a los consejeros rusos y chinos de Sun Yat Sen, ofrecen a las grandes potencias occidentales el modo de mantener su influencia en la China, a través de los intermediarios

más eficaces, el tono del cable sobre la política de Nanking ha cambiado totalmente. Y, en cuanto a la política de Mukden, que desde Chang So Ling cuenta con la simpatía de la democracia capitalista, poco falta para que se le recomiende como modelo de sagacidad y moderación a la civilidad occidental. El cable colabora activamente, con sus noticias, tendientes a atenuar la impresión de que las autoridades de la Manchuria han procedido violenta e insólitamente al rasgar el tratado ruso-chino de 1924, apoderarse del ferrocarril oriental y apresar o expulsar a los funcionarios consulares y administrativos rusos. La China se niega a satisfacer las reclamaciones rusas por estas violencias; y concentra sus tropas en la frontera con el pretexto de que Rusia se apresta a invadir su territorio; tolera y excita la audacia de las bandas aventureras de rusos blancos que, ansiosos de revancha contra la revolución, juegan en la frontera el rol de provocadores. Y, sin embargo, la actitud de la China resulta perfectamente pacifista y ortodoxamente wilsoniana.

La intención de esta propaganda es obvia. La China forma parte de la Sociedad de las Naciones. Ha suscrito, como la mayoría de los Estados, Rusia inclusive, el pacto Kellog. Necesita obtener que las autoridades de la Liga declaren a Rusia la nación agresora. Esta declaración, conforme al estatuto de la Sociedad de las Naciones, y el pacto Kellog, serviría nada menos que para autorizar un nuevo bloqueo de Rusia. La guerra contra la U. R. S. S. sería, así, una de las inmediatas consecuencias de las cábalas de la paz.

El juego, por supuesto, no está exento de riesgos desde sus primeras escaramuzas. Las grandes potencias de Europa no pueden azuzar a la China contra la U. R. R. S. con el argumento de que debe ser ama en su casa, sin reavivar el fuego de un nacionalismo, cuyo enardecimiento comprometería los intereses imperialistas. Ya el gobierno de Nanking ha pensado que era oportuno abrir una conversación sobre la abolición de los derechos de extra-territorialidad de que gozan actualmente las potencias. Y es evidente que la propaganda soviética encontrará en el frente de combate vías de penetración mucho más seguras y múltiples que el ferrocarril oriental en tiempos de pacífico comercio. Del valor moral y técnico del ejército ruso, algo han hablado reportajes recientes, entre los que el más a la mano en español es siempre el de Alvarez del Vayo. La guerra es todavía la carta que le resta a los Estados adversarios de la Rusia soviética. Pero la guerra contra-revolucionaria ha sido ya otras veces el mejor agente de la revolución.

José Carlos Mariátegui

Francisco Miranda Ruano (1)

Se nos reveló este muchacho de letras por unas acotaciones escritas al margen de la lectura *Germinal* de Emilio Zola. Eran toda una apreciación crítica sobre esa obra del estupendo novelista. En ella se advertía el criterio nutrido por el meditar y por el contacto con los libros.

Buscamos a Miranda Ruano.

Deseaba convivir con él las horas de ensueño, dolor e inquietud. Comprensibilidad. Errabundos anduvimos por los caminos saturados de fragancias, por los lugares de belleza ofrendante. ¡Y cómo se estremecía de emoción aquel espíritu! Vibraba todo al ritmo de las cosas. Las leyendas, costumbres, tradiciones, paisajes, tenían para Miranda Ruano su sortilegio y las cantaba en prosa elegante, emotiva, ágil, melódica.

Nació para quemarse bellamente. El mundo lo vió como espectáculo, pues no quizo penetrarlo en su fondo de filosofía y de dolor.

Quien lo viera pocos años antes, propincua el alma para la captación de la belleza, no habría pensado que cerca andaba la muerte.

Fué un hermano para nosotros. De una hermandad acrisolada por el soñar y hasta por los momentos en que nos despersonalizamos por las urgencias demoníacas.

Recién venido Francisco Morán de Costa Rica, lo rodeamos Miranda Ruano, Heriberto H. Mejía, Arturo Romero Castro, Alejandro Cáceres Molina y yo. Francisco Morán había absorbido las dilecciones de un García Monge, de un Brenes Mesén y de un Omar Dengo, y pudo darnos a conocer cánones de arte literario, insospechados para nosotros; las disciplinas acres pero eficaces del estudio succionador de verdades.

Salíamos en grupo por los lugares aledaños, en las noches lunecidas, conversando de literatura y de literatos, gozando la frase cosquillante. Los domingos, riéndonos siempre de los prejuicios sociales y de las luchas de los hombres por enderezar el mundo, solíamos poner en los minutos un matiz, una canción. Y Miranda Ruano era el compañero infaltable.

En los últimos tiempos supo del amor nacido de la entraña quemante. No fué Mirando Ruano un romántico a la usanza nuestra. Conservó plenitud de querer y de terneza para su compañera.

(1) Este magnífico prosador falleció el 5 de mayo del corriente año.

Cuando hablaba de ella a los íntimos todo él resplandecía de sinceridad y dulcedumbre. Encontró una vibración, un bello concepto de las cosas; pero carente de la energía canalizadora de inquietudes, prefirió ser un espíritu giróvago, dar su canción a los vientos.

* * *

Si la muerte no callara este corazón, Miranda Ruano hubiera sido el representativo de nuestra literatura vernácula. Su obra, diseminada en revistas y periódicos, desnuda el temperamento apto para sentir la belleza y el misterio de las almas.

No era un escritor únicamente descriptivo. Añadía subjetivismo. Comprendió que el copiador de las cosas no hace arte. Y arte trascendental, capaz de superar la vida y la naturaleza. Con este concepto de estética, siempre descubría en su conciencia de artista alguna nota nueva.

Le apuntábamos el peligro que había para él al cultivar sólo literatura del ambiente. Careció su arte de la inquietud cósmica, del soplo universal.

La obra de Miranda Ruano tiene valor nativo. Es bella. Como en pleno cosechar se nos fué, ya no pudo ascender a las cumbres de la serenidad filosófica. Aunque se le pidiera aquietamiento y el adentrarse en sí mismo, no era llegada la hora del recoger óptimo en los campos de la sentimentalidad.

Desprendamos párrafos de algunos de sus mejores artículos. «*Así de unidos y de solitarios, cantemos a la vida, amada, a la vida serena en que la mente y el corazón se remozan y se llenan de armonía; a la vida que sea centro de placer inefable, lejos, como ahora, de vulgares ambientes y de los torpes rozamientos de la calle; a la vida de plenitud, de cosechas generosas, en que todo minuto marque una laudable resurrección, en que se enfloren nuestras almas como blancas desposadas; y despidamos al dolor que, al estrujarme, asimismo estrujó tu corazón.*»

Después de los momentos de olvido de las responsabilidades, sentía, cerca de la amada, un anhelo de resurrección por el amor y la belleza. Exprimía de sus caídas, la fuerza de producir. Como Porfirio Barba Jacob, experimentó la pesa-

dumbre de su sombra y el claror de su espíritu.

Llegaba el optimismo. Miranda Ruano erguíase confiado, reidor, fragante.

«*La montaña, en cambio, atesora una máxima fuerza: la serenidad. Pulmón empinado al espacio, recibe primero la luz, el calor, el aire, y, en cierto modo, regula sus ondas a través de la tierra. En su cima parecen regirse las pulsaciones del Cosmos. Hay allí, como en el puño de Zeus, algo así como un haz de potencias. Potencia en el dominar de horizontes; potencia en la vecindad a la nube, señora del rayo; potencia en el concierto de todos sus rumores, en la fortaleza de su libre emanación, en la luminosidad que depura su curvatura soberbia. La montaña es el tabernáculo de nuestra afirmación en Dios. La oscura preferencia de los pueblos primitivos para adorar sus dioses en las montañas, razónase en una sagrada intuición. Y han sido el israelita Ebal, el yogi del Thibet, el druida de la antigüedad, los primeros poetas de las montañas*».

En el párrafo transcrito, además de la armonía fluente de la palabra, está la emoción del artista al sentirse en las montañas, distanciado de las contaminaciones y menesteres y ataduras de la ciudad. Miranda Ruano siempre salió al campo a embriagarse de frescor y pureza. Permanecía en la ciudad, porque la vida exigíale darse a ella en las luchas por el pan.

Nuestro Salarrué se ha de encargar de la publicación de *Las voces del terruño*, libro de este prosador fallecido tempranamente. Salarrué cumplirá con un deber de fraternidad intelectual. No pueden quedarse estos artículos dispersos. Juntos hacen una nota de belleza regional. En la unidad encuéntrase el vibrar de este espíritu que sólo fué canción, tormento, fervor...

Salvador Cañas

San Salvador. El Salvador

El hombre que siente la montaña

La afirmación de que feliz es la ciudad que tiene una montaña al lado, podría sustituírse por una más exacta: feliz el hombre que siente la montaña. Es decir el que sube la montaña, que comprende la montaña, que ama la montaña,

La ciudad es dama ponderada y neurasténica: su menester más habitual es el propio contemplarse. Pagada de sí misma, apenas si reparó alguna vez en la montaña vecina. A la montaña se la vió un día con la veste rosada de la aurora; otro, con las gasas de lila del crepúsculo; después, entre cendales dorados por el Sol. A veces se le vió arrebujada en el humo de las rozas o envuelta en terciopelos de esmeralda. Mas la ciudad no ha gustado el móvil panorama, ni sabe el vaho saludable que llega desde allí, ni presiente la gran serenidad de la altura. Su vida es un continuo agitarse en la caparazón de todos los prejuicios. Y su justo simbolismo estaría en la serpiente que devora la misma cola suya.

La montaña, en cambio, atesora una máxima fuerza: la serenidad. Pulmón empinado al espacio, recibe primero la luz, el calor, el aire, y, en cierto modo, regula sus ondas a través de la tierra. En su cima parecen regirse las pulsaciones del Cosmos. Hay allí, como en el puño de Zeus, algo así como un haz de potencias. Potencia en el dominar de horizontes; potencia en la vecindad a la nube, señora del rayo; potencia en el concierto de todos sus rumores, en la fortaleza de su libre emanación, en la luminosidad que depura su curvatura soberbia. La montaña es el tabernáculo de nuestra afirmación en Dios. La oscura preferencia de los pueblos primitivos para adorar sus dioses en las montañas, razónase en una sagrada intuición. Y han sido el israelita del Ebal, el yogi del Thibet, el druida de la antigüedad, los primeros poetas de las montañas.

El hombre que sube la montaña por impulso admirativo, aspirando a entender su poesía, siente ya la montaña. Dichoso él: dueño de la sensación de la cima, conoce una virtualidad ideal. Al sabor de la altura responde un llamado secreto. La vibración, el espacio, el color dominados educen la cifra sagrada: serenidad, Y la serenidad es constelación luminosa en su montaña interior.

Feliz el hombre que siente la montaña. Cuando él vaya a la ciudad en procura de señoría, subirá primero a la montaña. Voces de armonía, rapsodias de palingenesia le poblarán como en una unción de gracia. Suyos serán el variado panorama, la violencia de los vientos, la soledad creadora. Y suyos también el sortilegio visionario, el granito de la voluntad, la posesión de sí mismo.

Y cuando ese mismo hombre venga de la ciudad, irá también a la montaña. De seguro llegará dolido de cuerpo, angustiado de alma. La oscilación de su sangre será irregular; anómala la vibración de sus nervios; entorpecido andará su organismo todo. Vagas serán las ondas de su mente y la mariposa interior girará delirante. Mas el oxígeno, el sol, la vitalidad montañera le tornarán destino. Ágiles sus miembros, firme su mente, melodiosa su alma, la vida será para él un encanto nuevo y fecundo. Anteo, apoyándose más en la tierra, sabe el secreto de no ser vencido. El hombre que siente la montaña, empinándose al cielo, tonifica su cuerpo y agiganta su espíritu. Y al retornar a la multitud resplandecerá su frente como la de Moisés, o enarbolará en su diestra la masa de Zarathustra, o su gesto ha de ser el de aquel sembrador del sermón de la montaña...

Francisco Miranda Ruano

San Salvador. El Salvador

Bolivia la olvidada

=De *La Voz*. Madrid=

Los estudiantes de Lima han realizado manifestaciones de protesta contra el acuerdo que pone fin al grave problema de Tacna y Arica. Me parece excesivo. Después de tantos años, Perú no podía esperar solución más satisfactoria. Le devuelve Chile una de las provincias disputadas, le concede en la otra un puesto y le paga una crecida suma. Es un arreglo a la vez honroso y equitativo.

¿Que las dos provincias eran peruanas? ¿Que en el Morro de Arica se derramó sangre de héroes? Sí. Pero después de tantos años, Chile ha creado en dicho litoral intereses enormes. Cuando pasa tiempo, la injusticia sabe acomodarse a las realidades nuevas. Es verdad que el derecho puro no prescribe jamás. Pero la vida de relación impone a los pueblos, como a los individuos, sacrificios crueles.

* * *

Chile puede afirmar que se ha mostrado generoso. Nadie lo desmentirá en el Perú. Mas ¿y en Bolivia?

Bolivia, antes de la famosa guerra del Pacífico, tenía una salida al mar. Era nación continental y marítima. Por su provincia de Antofagasta se asomaba a los grandes caminos mundiales. Es cierto que entre su litoral propio y las sombrías altiplanicies que habita el aimará apenas había comunicaciones. El corazón boliviano estaba en la Paz, en Sucre, en Potosí, en Oruro, en Cochabamba. Dos millones de criollos, de mestizos y de indios vivían entre el Chaco y el desierto de Atacama, luchando con la puna, vueltos de espaldas a las posibilidades que les brindaban los dos océanos. Del lado del Chaco se abrían caudalosos los ríos que van, desde el centro del continente, al estuario del Plata. Del lado de Antofagasta se extendía inmenso el Océano Pacífico.

En el Chaco estaban Paraguay y Argentina. Pero la provincia marítima de Antofagasta ofrecía a los moradores de ese Tibet americano que es Bolivia la ventaja trascendental de poder unirse ferroviariamente con la costa, sin sufrir mediatizaciones chilenas o peruanas.

Surgió la guerra, absurda, imbécil, fratricida. Chile atacó a Bolivia, y los peruanos salieron en defensa de la nación hermana. Pero los célebres *colorados* de Bolivia sólo pelearon en una batalla. Barridos por la artillería y la fusilería chilenas, sucumbieron heroicamente. Y su patria no pudo reemplazarlos. Y el Perú se encontró solo frente a Chile.

¿Qué podía hacer? Era blando, muelle, aristocrático, riquísimo. Su criollaje y sus indiadas no resistieron sino débilmente el empuje de Chile, país duro, elástico, todo nervio y músculo, todo acometividad y decisión inquebrantable. Perdido por los peruanos el dominio del mar, los generales chilenos renunciaron a las largas y difíciles invasiones terrestres. ¿Para qué subir por las playas, forzando líneas defensivas, sufriendo sed, hambre y epidemias, cuando el Callao estaba a unas pocas singladuras de los transportes? Y un ejército pisó tierra cerca de la Lima opulenta y entró en ella después de romper, en unos combates victoriosos, las últimas resistencias organizadas del Perú.

¡Extraña lucha aquélla!.... Perdida la ciudad de los Pizarros, la nación peruana debatióse estérilmente en un inútil forcejeo. Su rival la había cogido por la garganta y apretaba, apretaba...

Tuvo que ceder, desesperada y humillada. Y entregó dos provincias fronterizas, a reserva de un plebiscito.

Ahora le devuelven una. Se conformará. ¿Qué remedio? En realidad, de prolongarse la ocupación se hubiera quedado sin ambas.

* * *

Todo el mundo supo que había un irredentismo peruano. Fué tan famoso como el francés y el italiano, y en varias ocasiones estuvo a punto de encender otra guerra. Se dijo de Tacna y de Arica que eran la Alsacia y la Lorena, el Trieste y el Trento de la América del Sur. González Prada, el terrible fustigador de la molicie y la corrupción de sus compatriotas, lo amasó, en sus prosas iracundas, con hieles y sangre.

Pero había otro irredentismo del que nadie hablaba, del que ninguno se acordaba. Era el irredentismo boliviano. Tímidamente, con intermitencias, los diarios paceños y cochabambinos aludían a él en editoriales que no tenían eco. Y la infeliz Bolivia, la de los caudillos bárbaros, la de las minas de oro y de plata, seguía olvidada en sus mesetas, lejos de la caricia del mar, mirándose en su lago admirable.

Se consolaba con él. Muy alto, muy cerca del cielo, grande como varias provincias de Estado europeo, poseía archipiélagos y flotillas, y orgulloso se enfurecía con tempestades seguidas de naufragios. El indio habitaba sus riberas. El blanco subía de los valles a cazar sus aves. Ruinas milenarias le daban prestigio de un pasado espléndido. Sagrado, evocador, ancho y espejeante, era como el alma de Bolivia.

Pero un lago, por magnífico y bello que sea, no puede bastar a una nación que es la tercera en territorio de la América del Sur. Los bolivianos, para ir al Pacífico, tienen que pedir permiso a Chile. El ferrocarril de la Paz a Arica no está internacionalizado. En la frontera montan la guardia, el soldado y el aduanero del Presidente Ibáñez.

* * *

Por treinta y tres millones de dólares, recibidos en varias veces y muy disminuidos por comisiones pingües (empréstito Nicoláus), Bolivia se entregó a los banqueros yanquis. El libro de Margaret Marsh, *Nuestros banqueros en Bolivia*, es un documento que deben leer con tristeza todos los hispanoamericanos. En 1922 dicho país comprometióse a dar, como garantía del servicio de amortización e intereses, el total de las acciones de su Banco Nacional, todas las rentas que representaran dividendos pagables de dichas acciones, el impuesto sobre los derechos mineros y concesiones, las rentas del monopolio del alcohol, el 90 por 100 de las rentas del monopolio del Tabaco, el impuesto sobre sociedades, el impuesto sobre la utilidad líquida de los bancos, el impuesto sobre el interés de las cédulas hipotecarias, el impuesto sobre las utilidades líquidas de las sociedades mineras, todos los derechos de importación y sus recargos, todos los derechos de exportación y los ferrocarriles nacionales de Villazón a Atocha y de Sucre a Potosí. Además, y durante veinticinco años, admitió que una Comisión fiscal permanente, dos de cuyos miembros serían nombrados por los banqueros yanquis, inspeccionará la recaudación de los impuestos nacionales y departamentales y revisará las cuentas públicas. Uno de los dos miembros de la Comisión nombrados por los banqueros sería director del Banco de Bolivia, y el otro, director general de Aduanas.

Bajo este régimen de mediatización vive la infortunada Bolivia, y vivirá diez y ocho años todavía.

Y ahora sus hermanas del Pacífico la privan definitivamente de una salida propia al mar.

* * *

No es en Lima donde deben quejarse. Es en La Paz, en Potosí, en Sucre, en Oruro, en Cochabamba. Pero estas quejas, si las hubiera, ¿serían escuchadas? El lenjuaje de la prensa de Suramérica hace temer que no. Y sin embargo....

Fabián Vidal.

Las tropas norteamericanas en Haití

=De *La Prensa*, Buenos Aires=

Un miembro del Senado norteamericano ha presentado al cuerpo de que forma parte una moción para que se proceda inmediatamente a retirar las tropas de ocupación estadounidense destacadas en Haití. Fundamenta su proyecto en el hecho de que «Dios no ha conferido a los Estados Unidos el derecho de inmiscuirse en los asuntos internos de otras naciones del mundo» y como la república citada está actualmente bajo la vigilancia armada de su patria cree necesario proceder a la reintegración de una soberanía que se afirma en toda la carta fundamental de aquélla y debía ser suficiente para garantizarla contra la tutela extranjera.

No es el caso de repetir la historia de los acontecimientos que llevaron a los Estados Unidos a establecer tropas sobre un territorio independiente ni a lograr que en la Constitución se incluyera un artículo especial según el cual «todos los decretos del gobierno de los Estados Unidos durante la ocupación militar de Haití son ratificados y válidos». Conocido es el proceso de lenta absorción operado en el Caribe, y por lo tanto lo que cuadra destacar es la necesidad de que se rectifique una política desenvuelta al margen de los principios del derecho internacional y en contra todas las afirmaciones de respeto a las atribuciones ajenas.

Haití constituye, según sus mismos legisladores supremos lo establecieron, una república «indivisible, libre, soberana e independiente», cuyo territorio, «incluidas las islas adyacentes, es inviolable y no puede ser enajenado por ningún tratado ni por convención alguna». En tales condiciones mal se explica la permanencia de tropas extranjeras con facultades amplias para intervenir en la vida del país y para prolongar su estada durante años y años, sin que surja una sola iniciativa oficial para poner término a situación tan anónima.

El proyecto que comentamos viene a provocar la oportunidad necesaria para que los Estados Unidos estudien el problema a la luz de los principios que regulan la vida internacional y adopten una línea de conducta acorde con sus manifestaciones de respeto a la soberanía ajena, como las formuladas por el Presidente Coolidge al rememorar el pensamiento de Washington.

Conviene que no todo sea palabras y que los hechos confirmen cuanto se dice al proclamar que los países del continente americano se respetan los unos a los otros; es un senador norteamericano el que afirma rotundamente que a Estados Unidos nadie le concedió derechos para inmiscuirse en los asuntos ajenos, y declaraciones semejantes a ésta se producen continuamente siempre que no se trate de defender posiciones y actitudes indefendibles. Para esto último se recurre a sofismas muy en boga en la Unión y a rotundas afirmaciones de que la civilización del continente reclama una protección que por lo visto estaría obligado a dispensar el departamehto de Estado norteamericano por medio del envío de tropas.

La situación de dependencia en que se halla Haití es incompatible con el carácter de soberanía que le corresponde no sólo por las palabras de la Constitución sino también por el número de condiciones que reune ante el derecho internacional. Queda siempre, sin embargo, pendiendo sobre la vida independiente la ocupación decretada en horas diferentes a las actuales y que sino justificaron semejante actitud en el momento en que pasaban, ménos pueden justificarla actualmente.

Haití y Nicaragua deben ser reintegradas a la plenitud de sus derechos si se desea que en América haya confianza. No es posible establecerla sólo por medio de afirmaciones oficiales.

La sola presencia de tropas norteamericanas en esas repúblicas basta para que la libertad de ellas no sea completa ni pueda ejercerse con la plenitud que corresponde a los países soberanos, y hora sería de que en la Unión comenzara a abrirse paso la convicción compartida ya por muchos de que «Dios no ha dado a Estados Unidos el derecho de inmiscuirse en los asuntos internos de otras naciones del mundo».

Carta abierta al señor don Eduardo Aguirre Velázquez, Ministro de Relaciones de la República de Guatemala

México, 20 de Agosto de 1929

Muy señor mío: Nada me llamaría a dirigirme a Ud. públicamente en este caso: la destitución del pintor Carlos Mérida del puesto que desempeñaba en la Embajada de Guatemala en México, si no la hiciera Ud. depender de razones que no se limitan dentro de un privado terreno oficial, sino que, con el fin político de apoyar su personal actitud, pretenden, más generalmente, asumir la representación del Estado para reclamar a un artista los deberes que tiene para con él. Y hay mucha jurisprudencia sobre el punto. Ud. juzgará que mi intromisión es menos arbitraria de lo que mi amistad con el pintor aludido puede hacerle estimar, cuando le haga a Ud. el honor de advertirle que sus razones pueden hacer valer su afinidad con ciertas palabras de Platón, y, en la actualidad, más aproximadamente, con las ideas de varios escritores economistas entre los que Trotzky ocupa un lugar prominente. Aquí mismo, en México, estas ideas constituyen con mucha confusión, una doctrina corriente, e indudablemente que con ella Ud. encontrará una considerable aprobación. Hay una tradición política, principalmente dentro de la iglesia, que está dispuesta a fortalecer su actitud, todavía con más razones y con más pasión que las que muestra; pero está Ud. obligado, por eso mismo, a sorprenderse menos de la oposición que origine. Esta es su intención, en nombre del Estado: someter al individuo. La lucha ha sido larga, y ha sido tan larga que debía Ud. de mostrar menos indignación al encontrar que el individuo se resista; se ha resistido siempre y ha encontrado más gloria mientras se ha resistido mejor.

En el nombre de Dios se le ha perseguido. Ud. lo persigue en nombre del Estado, acusándolo de no cumplir con las obligaciones que Ud. le señala, y que Ud. se cree con la suficiente autoridad para interpretar que son las que dentro del Estado contrae naturalmente. Pero el Estado es Ud., señor Ministro; Ud. es quien juzga qué es lo que al Estado le conviene. Su procedimiento puede afiliarse, sobre todo, a la política del Santo Oficio de la Inquisición; lo componían hombres como Ud., frecuentemente de más valía, permítame Ud. mencionarlo, pero poseídos por la misma intención. Estima Ud. que la obra de Carlos Mérida no es útil para el Estado actualmente; está Ud. a un paso de juzgar que es perjudicial. Temo que con poco que se le excite, ordenaría ya que la destruyeran. Pero quizá no tengo el derecho de temerlo. Ud. le dice: «Yo comprendo y creo que he sido de los que más han comprendido sus aspiraciones...» Es una lástima que agregue: «pero estoy convencido de que, como guatemalteco, le debe Ud. a su patria el beneficio de sus conocimientos»; pues es Ud. quien se toma la autoridad de juzgar cuáles son los beneficios de estos conocimientos del artista. Ud. no tiene el derecho, ni la patria tiene el derecho. Yo estaría dispuesto a concedérselo a esta última, si no tuviera la mala suerte de estar destinada a expresarse a través de intérpretes tan peligrosos como Ud.

Es cierto que Ud. asume la autoridad del acreedor: «Después de ocho o más años de estar pensionado por el Estado, nada me parece más natural que Ud. volviera a su patria a contribuir a su engrandecimiento y progreso». Con una intención semejante, ciertos padres esclavizan a sus hijos, para hacerles pagar la



Carlos Mérida,
eximio pintor guatemalteco
Por *Covarrubias*

vida que les dieron, con su esclavitud al «engrandecimiento y progreso» de la familia. Y para garantizar al Estado en lo futuro, propone Ud. al artista que firme un contrato, el que no tolera Ud. que sea considerado denigrante para él, ni que «contenga cláusulas contra las cuales se rebele su dignidad». Ignoro cómo sea ese contrato, pues en la prensa no encuentro sino los fragmentos de su carta, de los que tomo los que aquí reproduzco; pero sólo por el propósito que manifiesta me parece tan denigrante para el artista a quien Ud. se lo ofrece, como antinatural y monstruoso para todos los que en el arte se interesan. Es claro que Ud. tiene el derecho de no comprender la delicadeza del artista, ni la naturaleza del arte. Pero lo importante es que mientras Ud. haga uso del derecho de no comprenderla, reconozca que se prohibe con ello hacer uso del derecho de condenarla.

Estoy seguro de que no ha reflexionado bastante sobre la legitimidad de la deuda que cobra al pintor Carlos Mérida, en representación de su país. Seguramente que en las escuelas que sostiene su patria y donde seguramente se gasta una importante suma de dinero no se obliga en la misma forma a los alumnos que a ella acuden: ¿Qué se les impone por el hecho de que allí vaya un deber cuya naturaleza Ud.tiene el derecho de determinar más tarde? Yo nunca he estado en su país, pero supongo que su gobierno no impondrá trabajos forzosos sino a sus reclusos y que tendrá la costumbre de pagar todos aquellos trabajos que encomiende a individuos que voluntariamente los aceptan, aun cuando a sus expensas el Estado los haya instruído para desempeñarlos. Si así es, espero que Ud. estime la libertad económica que este hecho recomienda. (Ya lo advertí que no me habría atrevido a dirigirme a Ud. públicamente, si la destitución del pintor mencionado se debiera a una razón privada cualquiera; a que Ud. hubiera juzgado, por ejemplo, que no obtenía por el dinero que actualmente pagaba, la clase de servicio oficial que Ud. esperaba recibir a cambio de él.) Pero Ud. lo que reclama es el usufructo de una pensión que el Estado otorgó. Y me parece inoportuno insistir dentro de la economía política, donde no puede Ud. justificar su actitud de acreedor. Ud. debe apoyarse en razones morales; y estoy dispuesto a creer que en razones estéticas también.

Lo que Ud. reclama es su usufructo, y no con razones económicas. Por un lado sospecha Ud. el valor de la personalidad del artista guatemalteco, por otro lado lamenta Ud. que no puede utilizarla en el sentido en que a Ud. le parece más útil. Lo que Ud. discute es la utilidad de su obra y eso es lo que Ud. pretende juzgar. No se sentiría Ud. satisfecho si alguien, el gobierno de México, por ejemplo, le reintegrara a Ud. en dinero lo que su país gastó en la pensión; no se sentiría Ud. pagado, estoy seguro, y probablemente se sentiría Ud. ofendido, permítame suponerlo. Ud. reclama la utilidad, el usufructo. Y no le satisface a Ud. tampoco que el artista dé nombre a Guatemala con su obra, en el exterior; no es esa la utilidad que a Ud. le basta. Ni le satisface el placer personal que puede encontrar en la contemplación de sus cuadros; sospecho que no encuentra Ud. ninguno; o que, si lo encuentra, le parece tan singular y su singularidad tan ilegítima, o le parecen en lo general tan clandestinos sus placeres personales, que no le basta para sentir que su patria se recompensa con él; o que no juzga Ud. que un placer artístico pueda tener nunca tanto valor. A Ud. le satisfaría, supongo, que el pintor fuera a impartir sus conocimientos a otros hijos de Guatemala, para luego imponer a éstos la misma obligación patriótica, y así durante la eternidad, con lo que Ud. y sus sucesores asegurarían para siempre su ocupación de cobrarla y de administrarla.

Esta es la explicación de su airada actitud: que la obra de arte no le parece a Ud. una recompensa. Peor para Ud., señor Ministro, si no encuentra en las obras de arte un placer legítimo; pero peor para su país si Ud. no tiene la humildad de sufrir su personal impotencia, sobre todo en el momento en que su país tiene la desgracia de que Ud. lo gobierne. Entonces Ud. acusará al arte de esa impotencia que sólo en Ud. reside, y le impondrá entonces al artista la obligación de dedicarse a un trabajo útil para la única clase de engrandecimiento nacional que Ud. es capaz de imaginar.

Para un engrandecimiento más valioso es para lo que Carlos Mérida se ha resistido noblemente a la esclavitud con que Ud. al arte amenaza y no solamente a él en particular. Y el nombre de su patria, lo enaltece y le sirve su noble rebeldía donde quiera que vaya, tanto como Ud. es capaz de disminuirlo tan inocentemente y con tan buena voluntad, permaneciendo en él.

Soy de Ud. Atto, afmo. y S. S.,

Jorge Cuesta

Ternera guacha

=Del libro *Coraje*. Buenos Aires, República Argentina=

Habíase criado en la estancia como una «ternera guacha». Los caseros—gente sin chicos—la ahijaron cuando apenas tenía unos pocos meses. La niña fué con los años toda una real hembra.

Los peones más viejos de *San Lorenzo* recordaban haber contribuido en algo a su educación enseñándole a caminar «unos pasitos», tomándola del vestido cuando pequeña; o ya más grandecita, a montar a caballo y enlazar.

Cuando la muchacha no estaba presente comentaban con mal disimulada alegría:

—¡Mire... que ya ta grande «La Ternera!»

—¡La Ternera! Ni tan grande ni tan inocente, amigo!

—Ya le tengo dicho, Gaitán, que quiero que me tutée—solía decirle Isabel al peón más viejo de *San Lorenzo*. Siempre me acuerdo que fué usté—mama taba haciendo unos pasteles—el que me enseñó a dar en el mundo los primeros pasos...

El paisano la miraba conmovido. Pero... considerando que no era de «hombre» el «ablandarse» ante un recuerdo pueril,—«hay que ser de fierro», solía decirle a sus amigos—se limitaba a sonreír y a comentar risueñamente:

—¡Vean qué hija me bía e salir a mis años! He de tenerla presente, niña, pa cuando tenga un cachorro...

La madre de Isabel veía que Carlos la rondaba con no sabía cuáles intenciones. Egoísta de su cariño, procuraba alejarlo de ella:

—No se me le atraque tanto a mi ternera. Es muy chiquilina entuavía pa pensar en amoríos.

—Véanla... la ternerita...

Intentaba sonreír pero su sonrisa le resultaba una mueca.

No se sentía feliz sino a su lado. En presencia de Isabel bajaba los ojos ruborizado, pero apenas se alejaba la seguía con la vista. Sus ojos la «visteaban» inquisidores. Iban a besarle en la boca, querían penetrar el misterio de la bata inexpugnable. Eran como la pulga que:

pizpireta y saltarina
haciendo suaves cosquillas
va persiguiendo a las chinas
sus morenas pantorrillas.

«El Tape», un muchachito que trabajaba en la estancia, lo sorprendió una tarde en «una de esas» y sonriendo le dijo desfachatadamente:

—¿Te gusta la Isabel, no?

—Me gusta ¡caray! Pero ¡bah!.. ¡hay tantas jembras!

En sus soliloquios decíase otra cosa:

—Me gusta... me gusta... ¿pa qué negarlo? Toy enamorau... como un zonzo. Pucha... ¡si no jüera por la madre!

En la estancia Isabel criaba a una ternera guacha con biberón. El hijo del patrón—mal tirador—había muerto a la vaca-madre de un tiro. Inútilmente la hija de los caseros de *San Lorenzo* buscó una nodriza para la «guacha» entre las vacas con cría. La olían, mugían amenazadoramente y... se negaban a aceptarla.

Con el pretexto de la ternera, a Carlos le fué desde entonces más fácil hablar con Isabel. Desde el momento en que ella se puso a la tarea, él, como más experto en esos menesteres, se ofreció a ayudarla.

A veces, al acariciar a la «guacha», las manos del gauchito parecían querer hacerle una caricia a la linda muchacha que sonriendo, con cariño, seguía todos sus movimientos.

II

Estaba el tiempo nublado. La «guacha», la mimada de Isabel, se hallaba atada en el patio, al reparo.

Carlos se preparó a poner en ejecución un plan que largamente había meditado.

Se aproximó a la ternera y con un cuchillo cortó la soga con que se la sujetaba.

En este preciso momento se oyó un trueno formidable. Empezó a llover fuertemente.

Isabel salió al patio a ver si algo habíale pasado a la ternera. Carlos, cautelosamente, la siguió. A la luz de un rayo la muchacha vió huir a la «guachita», a campo traviesa, bajo la lluvia torrencial.

Entonces corrió ella tambien. La lluvia le calaba los huesos, el frío la hacía tiritar. El agua le chorreaba por el cuello.

El peón corrió tras ella. Pudo alcanzarla, lejos ya de la estancia.

—La ternerita... —dijo ella.

—Ya lo sé. Güélvase...

—No... allá va. Corramos...

Comprendió entonces el gaucho que la muchacha no iba a desistir de su propósito. Quería a la ternerita como a una hija; ya se sabe a qué locos extremos suele llevar el amor maternal. Del sitio donde se encontraba hasta «las casas» había unos quinientos metros. De éste a un rancho abandonado—lugar donde podían guarecerse—apenas unos doscientos.

Pero la muchacha no podía hacer ya ni diez metros más. Empapada, con las ropas desgarradas, chaparreando en el barro blando y blancuzco, hundiéndose a cada rato, sus fuerzas la abandonaban.

El gaucho no dijo nada. Pero... delicadamente, aunque con imperio, la alzó en vilo y con sus dos brazos nervudos la sostuvo:

—Suéltame... insolente...

—No le da vergüenza...

—Aprovecharse e una pobre mujer...

—Que no tiene quien la difienda...

La fierecilla se debatía en los brazos robustos del peón y lo peor era que como tenía las manos libres podía arañarle.

Lo que hizo fué voltearle el sombrero y viéndole sin él, tirarle de las «mechas» con todas sus ganas.

Carlos resistió el dolor heroicamente. Ni una palabra dijo. Nada. Ni ¡ay! «Hay que ser de fierro, hijo...»

El dulce peso que llevaba en los brazos era lo único que lo preocupaba.

Cuando Isabel se cansó de gritarle: «chino sucio, mugriento, metido, cobardón, maula, sotreta», comprendió que era inútil insistir.

Así alzada la llevó él aquel largo trecho, chapaleando en el barro, con riesgo de caer a cada instante.

Cuando llegaron al rancho la lluvia caía con más fuerza.

Entonces, cuando él le dijo que se proponía ir a buscar a la «guacha» antes de que se hiciera más tarde, ella tuvo su primera palabra de cariño.

—No vaya aura. Se va mojar mucho... por mí...

....

Fueron minutos de angustia los que la joven pasó en su refugio. Pensando en Carlos —contra su voluntad—en que podía lastimarse, caer en un charco, contraer una pulmonía.

Trascurrió así más de media hora. La tarde iba oscureciendo y en las sombras la muchacha se revolvía pesarosa, diciéndose que no debió haber permitido que el peón saliese.

De pronto sintió abrir la puerta y se estremeció. Su rostro se alegró en seguida. Era Carlos el que llegaba. Estaba empapado, despeinado, lleno de barro. Traía la blusa desgarrada, pues se había enganchado en un hilo de alambre de púa. Mas, sonreía, porque venía con él la ternerita.

Isabel corrió hacia ella y la acarició con ademanes de alegría:

—¿Te querías dir, no? ¡Mala, malita, mal agradecida!

—¡Tanto que hice por vos! Tanto como te cuidé y te quise...

Al levantar la vista reparó en Carlos y en su lamentable estado. Le tuvo lástima. Dejó que se acercara a la ternera. Las manos del enamorado acariciaron la piel manchada de la «guacha», lenta, amorosamente...

Sin decir palabra Isabel, conmovida, lo contemplaba.

Volvió la mano ruda del paisanito a acariciar la piel mojada de la «guachita».

Entonces Isabel tuvo envidia. Una lágrima humedeció su rostro cetrino...

....

La puerta se cerró de golpe. En las tinieblas la boca de Isabel buscó la de Carlos. Los dos cuerpos unidos formaron, un momento, una araña monstruosa de ocho patas...

Alejandro Magrassi

La simbólica proscripción de Trotski

= De *La Libertad*. Madrid =



Trotski

TROTSKI, aparte de su considerable significación histórica, tiene el valor de un reactivo para conocer la verdadera índole de los sistemas políticos europeos. Sea cual sea el juicio definitivo con que lo acoja la posteridad, nadie puede negar la poderosa fuerza de su irradiación personal. Incompatible con su patria, lo es también con casi todas las naciones del mundo. Acaso no haya habido otro hombre que pudiera sentir sobre su frente el odio confortador de todas las razones de Estado. Proclamado satánico, decorado con el anatema de todas las diplomacias, su entredicho supera la excomunión de los grandes réprobos. Es el heresiarca civil, proscripto de nuevo cuño, apestado de un morbo cuya potencia de contagio excede al de todas las pestes conocidas.

¿Qué sombra se divisa tras él? Ya no puede ser la Rusia soviética, que lo ha expulsado como inadaptable. No es tampoco el comunismo a la manera que lo hubiera representado Lenin, con su fuerza inicial de removedor de conciencias. Es un prestigio vago, en que se juntan, paradójicamente, una gran fuerza de aislamiento y protesta individual y una eficacia de suscitación guerrera, por la cual una masa de campesinos, semibestiales y vasallos, embrutecidos por siglos de tiranía, puede convertirse en ejército coherente y amenazador en el lindero de las viejas fronteras, bajo el viento de un ideal toscamente comprendido.

Si hemos de juzgar a Europa por la piedra de toque de esa experiencia, sólo queda una nación capaz de sentir los antiguos deberes hospitalarios: Turquía. Unicamente el pueblo de Mustafá Kemal ha abierto sus puertas al desterrado, que ha podido acogerse a aquella deliciosa isleta de Prinkipo, en el Bósforo, cuyo nombre olvidado representó precisamente el lugar de la primera entrevista entre el bolchevismo y la Europa hostil. Especie de isla de los Faisanes, entre Europa y Asia.

Ironías de la Historia. ¿No era precisamente Turquía antaño la nación recluída en sí misma, cerrada al acceso extranjero, henchida de xenofobia religiosa, amenazadora para la seguridad del visitante? Sólo ella ha sido hoy la que ha mantenido la buena tradición del derecho de asilo...

En cambio, la verdadera Europa ha levantado una muralla mongólica ante el acceso del desterrado. Sucesivamente, casi todos los Estados han incurrido en esa negación de su propia esencia de europeísmo. Temístocles fué más feliz que Trotski cuando buscó asilo entre sus grandes enemigos los persas. Pero la negativa de Inglaterra ha colmado aquella deplorable actitud, porque con ella se extinguía la noble tradición que por tantos años había convertido a la Gran Bretaña en hogar ofrecido a todos los despatriados. ¿No fué el anarquismo antaño la «bestia negra» de la diplomacia continental? Recuérdese que un día se intentó organizar contra aquella secta una persecución universal, una santa alianza para desarraigarla de la tierra como una planta maldita. Un grito farisaico de proscripción azuzaba los odios de las turbas doradas contra aquellos nuevos *outlaw*. Las palabras «fuera de la ley» parecían indicar que contra ellos eran permitidas todas las transgresiones, como si eso no fuera precisamente la justificación de los propios perseguidos. Las proscripciones de Sila parecían renovarse contra ellos.

Entonces Inglaterra, monárquica y tradicionista, pero liberal por esa misma tradición, negóse a participar en aquella caza de hombres. Y el suelo británico fué el refugio de aquellos habitantes ideales de Acracia, que encontrarían en la tierra de Tomás Moro los últimos vestigios de la fantástica utopía.

La herencia de recelos y rencores dejada por la guerra como un rastro sangriento ha extinguido la bella hospitalidad de antaño. ¿No permanece todavía, como una supervivencia del temor al espionaje, ese espectro o *revenant* de los pasaportes? *Adversus hostem æterna auctoritas*. La concepción que atribuyó sentido despectivo a la palabra *bárbaro* desde los tiempos clásicos, perdura hoy, renacida dolorosamente, como un padrón deshonroso para el «inteligentísimo» siglo XX... La idolatría del Estado, sucesora de la intransigencia eclesiástica, ha creado un nueve tipo de herejía. Y el comunismo es su máxima expresión. Más que por su contenido ideológico, por su eficacia corrosiva y destructora contra la razón de Estado formada por la transacción burguesa entre la autocracia y la Revolución.

Ahondemos fríamente en las razones de la exclusión de Trotski. ¿Cómo puede rehusarle acogida el Estado de tipo liberal, al estilo francés o inglés, cuando con ello se hace precisamente culpable de una intolerancia menos justificada que todas las violencias soviéticas, ciertamente odiosas? ¿Podía ofrecerse acaso mejor ocasión que la de esa generosa hospitalidad para mostrar el contraste entre dos culturas y revelar la verdadera fuerza de su respectivo contenido civilizador? La Revolución eslava se enfrentaba, en cierto modo, con la Revolución francesa, y debatía con ella el magno torneo de la libertad... ¿Quién ha salido triunfante de la prueba?

Más allá todavía. ¿Puede rehusar acogida a Trotski el Estado de tipo socialista o, si queréis, encaminado a la emancipación del proletariado, si con ello retrocede a una situación política anterior a la de tipo revolucionario burgués? ¿Puede hacerlo, si con ese gesto cierra los ojos ante el indudable esfuerzo de un pueblo que ha saltado atléticamente desde el despotismo al ensayo violentísimo del más avanzado ensueño de emancipación humana y ha juntado en una sola sacudida la energía de las tres revoluciones, religiosa, política y económica? ¿Puede hacerlo, en fin, si precisamente opone una especie de *úkase* dictatorial a la gran culpa histórica de Rusia, o sea al contagio de la violencia zarista sobre el esfuerzo libertador?

Pero han tenido que ser Gobiernos presididos por socialistas, en mayor o menor grado, los que han opuesto esa negativa. Ha sido la liberta Alemania, por ministerio cancilleresco de Müller, la que ha levantado el muro germánico. Ha sido, en fin, dolorosamente, la libre Inglaterra, por ministerio de Mac Donald y de Henderson, la que ha rehusado a Trotski el acceso al hogar de destierro de Carlos Marx...

Un honorable miembro de la Cámara de los Comunes recordaba, a ese propósito, las figuras de los grandes desterrados históricos que encontraron en Londres su nueva patria ideal. Además de Marx, desfilaban en la memoria Mazzini y Garibaldi. Más allá, en la lejanía, entre esas sombras ilustres, ¿no pasaban también los constitucionalistas españoles, que recibieron junto al Támesis la noble ilusión romántica y quisieron fecundar su patria con una semilla tan estéril precisamente como la de Garibaldi y Mazzini? Una de las mayores grandezas de Inglaterra, la hospitalidad política, ha muerto a manos de los que mejor debieron exaltarla y continuarla.

¡Tristeza de nuestros tiempos!

Gabriel Alomar

La misión admirable de Magda Portal en las Antillas

El reciente viaje de la gran escritora latinoamericana Magda Portal, por las Antillas, señala un paso más de avanzada para el aprismo en nuestros pueblos. Magda Portal es la verdadera representativa de las trabajadoras intelectuales de la Nueva América nuestra. Proscrita del Perú, «indeseable» en todos los dominios del imperio yanqui, la joven luchadora no ha querido desmayar. Su paso por Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, ha dejado huella y huella constructiva. La prensa, y aun la que sirve a los intereses del imperialismo, no ha podido callar las noticias de su cruzada victoriosa. Magda Portal ha llevado un nuevo mensaje del aprismo a los países latinoamericanos que han sufrido más dolorosamente las experiencias del yugo invasor.

Es indudable que Magda Portal ha ofrecido una lección ejemplar a muchos hombres y mujeres de nuestros países que podrían darse así, como ella, con tanto heroísmo, a la causa sagrada de la libertad de nuestros pueblos, pero que no lo hacen por indiferencia, por egoísmo o por miedo.

Magda Portal ha llevado a las Antillas el llamado del más joven y más vigoroso movimiento unionista y antiimperialista de América Latina. El aprismo ha conquistado en pocos años fe y fuerza en los pueblos. El aprismo ha alejado, y ya era tiempo, las protestas verbales, las rebeldías líricas y las profesiones de fe meramente oratorias y obviamente fugaces. El aprismo, como una doctrina nueva, ha luchado, y lucha con los que creen imposible que América Latina pueda hacer algo por sí misma y por sí sola. Nuestro mesianismo y nuestro colonialismo espirituales nos han llevado siempre a esperar de fuera la mano milagrosa que nos traiga pan y libertad. Con ingenuidad infantil hemos esperado que algún país de Europa, que el Japón o la China, se apiaden de nosotros y vengan en nuestra ayuda.

Hasta hoy hemos creído que nuestro deber de lucha debía cumplirse formando el coro y el apéndice de los movimientos europeos. Año tras año, la experiencia histórica nos ha demostrado que los intereses de los países latinoamericanos con sus cien millones de hombres no serán defendidos por nadie sino por nosotros mismos. El aprismo ha llevado a la conciencia latinoamericana esta nueva verdad: o nos organizamos para luchar por nuestra libertad o perecemos ante la indiferencia del mundo. La independencia y la unión de los latinoamericanos, será obra de los latinoamericanos mismos.

El caso de Nicaragua es caso reciente y revelador. Europa hizo de Sandino una figura de exotismo periodístico. En varias ocasiones, la prensa europea, especialmente la de izquierda, atacó a los Estados Unidos,—porque convenía a sus propios intereses—, en nombre de la causa de Nicaragua. Pero ni un soldado, ni un centavo, ni una nota diplomática vino jamás en ayuda de Nicaragua. Sandino tuvo la ayuda de todos los latinoamericanos honrados y el respaldo moral de malos y buenos que no pudieron resistir a admirar su tenacidad heroica. Pero Sandino tuvo que rendirse ante la fuerza de la fuerza y la América Latina se rindió con él, por desunida, por indiferente y por impreparada.

El aprismo lucha porque la conciencia de los pueblos latinoamericanos despierte y vea con ojos realistas el grave problema. El aprismo demanda a nuestros pueblos que se unan, que se organicen en un gran Partido político continental, formando por el Frente único de los trabajadores manuales e intelectuales de América Latina. El aprismo grita la ruda verdad: La América Latina está sola frente al conquistador. La América Latina está desunida frente al enemigo cohesionado. La América Latina no tiene ni tendrá más ayuda que la América Latina.



Magda Portal

Esta es la voz del *Apra* y esta es la voz que Magda Portal ha dejado oír en las Antillas. Sus conferencias y sus discursos, han sido ejemplares exposiciones de la doctrina aprista. Por eso ha convencido y por eso a su paso, los trabajadores manuales e intelectuales antillanos han izado como símbolo de esperanza y de lucha la bandera continental.

Insisto en mi viejo principio: no hay pueblos malos o buenos, hay directores malos o buenos. Cuando se acusa a nuestras colectividades de apáticas, de medrosas y de incapaces de una acción organizada y paciente avivo mi optimismo. Siempre repito: es que faltan líderes. Porque ser líder es algo difícil. Los pueblos tienen un instinto maravilloso de la realidad. Un líder lleno de palabras y de extremismos, que ofrece el sol y las estrellas, siempre es oído con beneplácito y temporalmente seguido, pero luego el entusiasmo se recoge y las masas intuyen que aquel no es líder que necesitan, no es el que organiza, no es el que sintetiza el momento histórico ni el que comprende las necesidades.

El fracaso de todos los movimientos políticos, especialmente de los de izquierda en nuestros países, se debe a la inconsistencia de los directores, a la falta de sentido realista de los ideólogos que «piensan siempre en europeo» y no son comprendidos por las colectividades. Pensar «en nacional»,—y tomo el vocablo nacional como latinoamericano y como genérico de los *nacidos* que sufren—, es difícil. Especialmente los intelectuales tienen miedo de rebelarse contra las ideologías importadas. Tienen miedo porque no son creadores, son repetidores. Por eso los pueblos no los siguen y un excepticismo peligroso domina a las masas. Pensemos en americano,—no en norteamericano se entiende—, pensemos en nuestros propios problemas tales como ellos son, o comprendamos que son distintos de los de Europa o de los de Asia y sólo así descubriremos la verdadera conciencia de América. Y descubierta, surgirá una ideología que no será más de remedo, de imitación, de trasplante, sino de autóctona y realista contextura, propiamente nuestra.

Esto no es exclusivismo, ni jenofobia, ni anti-europeismo. es realismo. Si comprendemos que los grados de progreso, de cultura, de civilización, digamos spenglerianamente, son diferentes y si,—anti spenglerianamente—, reconocemos que esos grados están determinados por otra gradación de intensidades económicas, no uniformes en todos los pueblos ni a todos los continentes, tenemos que aceptar diferencias y si aceptamos diferencias de realidad tenemos que aceptar diferencias de concepción o de apreciación de esa realidad. *Luego*, habremos de reconocer que son necesarias formas de acción correspondientes a cada realidad, en lo político, en lo económico, en lo social, como resultado de una concepción o apreciación realista de nuestros propios fenómenos y problemas.

El aprismo reclama esto de los trabajadores intelectuales. Que no se declaren colonos de Europa para pensar en los problemas de nuestra América. Que no los vean desde París o desde Frankfurt, porque nunca los verán bien, porque siempre se equivocarán, porque seguirá ocurriendo lo que ocurre hasta hoy: que la desorientación nos domina mientras el peligro avanza certero, consciente de sus propios métodos, y dichoso de nuestra ignorancia arrogante e ineficaz.

Magda Portal ha llevado así a las Antillas la palabra aprista en un peregrinaje humilde pero efectivo. Los pueblos la han saludado como una mensajera de un llamado que les llega más adentro. Ella, como el *Apra*, tendrá mucho que luchar. Pero las Antillas, como últimamente Centroamérica, tomarán ya el camino del aprismo porque ante la evidencia del imperialismo pueden confrontar la doctrina con la realidad y no hay duda posible.

Pasará tiempo todavía para que el aprismo se imponga. Su lucha será lucha de años. Muchas otras y muchos otros seguirán el camino glorioso de Magda Portal. Pero un día la victoria del aprismo en América Latina marcará el fin de una era de titubeos y abrirá otra de acción realista para lograr los caminos de la victoria. Tratemos de que esa hora de despertamiento, no llegue muy tarde.

Haya de la Torre

Ginebra, agosto, 1929.

Poemas chinos

Versiones de *Guillermo Valencia*

= De la obra *Catay* - Poemas Orientales. Bogotá. =

Paseando

(Chang-Wu-Kien.)
1879

En negras filas cruzan los ánades salvajes.
Nidos amarillentos lloran sobre los árboles,
y las montañas sordas
parece que oprimieran con su mudez la tarde.
Hoy encontré tu flauta de jade que perdiste
en el pasado estío. La madurez pujante
de la hierba cubrióla, mas ha muerto la hierba
y tu flauta de jade,
como una ascua fulgía ante mi fuente,
a la luz fugitiva de la tarde.
Y en nuestro amor pensé, que vive consumido
de unos necios escrúpulos bajo el falaz ropaje.

Mi amiga

(De Li-Chi-Kin)
XIII al VII a J C

En la Puerta Occidental
de Pekín
hay púberes bayaderas,
ondulantes y ligeras
como nubes de fulgor
primaveral.
Mas desdeño sus quimeras
porque en su túnica blanca,
como de luz pudorosa,
y bajo su fino velo,
mi amiguita es más graciosa.
Junto a la Puerta Oriental
de Pekín,
sueñan niñas deslumbrantes
y raras en sus primores:
(se parecen a las flores
de los tibores fragantes).
Mas desdeño yo su aroma,
porque en su túnica blanca
y bajo su fino velo,
huele mejor mi paloma.

Desde que se fué

(Tu-Fu)
715-774

Flores ya no! Al ciprés
id y traedme ramas.
Hoy cuando el sol se pierda
detrás de las montañas,
vistiendo mi azul túnica
—la de ligeras mangas—
me iré de unos bambúes
bajo las plumas lánguidas
y dormiré a su sombra:
¡lo que ella tánto amaba!

De Oriente

La canción desgarradora

(Li-Tai-Po)

Siempre tú me repetías:
«Envejeceremos juntos,
y, aun antes que mis cabellos,
se iluminarán los tuyos
con la nieve de los montes
y con el lunar efluvio.»

Hoy, señor, que amas a otra,
vengo a ti, mi dueño único,
vengo a ti desesperada,
a decirte mi adiós último.
Cólma, por la vez postrera,
nuestras tazas, con el jugo
que da el olvido, y me cantas,
para serenar mi luto,
la canción que habla de un ave
que murió bajo los grumos
de la nieve. Me iré luégo
a embarcar en el río turbio
de Yu-Keú en que las aguas
se dividen en un punto,
y llevan hacia el Oeste
y Este su contrario rumbo.
Decidme: ¿por qué lloráis,
noviecitas de ojos púdicos?
Acaso deis con un hombre
de corazón fiel y puro,
que sinceramente os diga:
«Envejeceremos juntos...»

Catay.

Este librito no marca una reacción en mí. Ni es un programa. Preferiría se le tildase de ingenuo.

Tampoco es original, porque como el traductor payanés ignora apaciblemente la lengua china, se ha resignado a ofrecer una versión sencilla de otra que, en noble prosa francesa de edición lujosísima, hiciera Franz Toussaint para aficionados curiosos. Se trata, pues, de una traducción de segundo grado, en la que el texto francés suministró las líneas que intenté velar con los colores de mi paleta castellana.

Inútil sugerir que este trabajillo no va destinado a cubistas, ultraístas, dadaístas ni futuristas, como que los más antiguos autores de estos versos vivieron entre los siglos VIII *y* XIII *antes de nuestra Era, época en que, según oigo afirmar, no hubo asomos de tan complicadas escuelas: caso singularmente admirable si se considera que hacía furor entonces la escritura de los* **cien mil caracteres.**

Este libro sería más bien, el libro preterista por excelencia.

China, pueblo de tan rancias tradiciones, de tan intenso y largo ejercicio mental, redujo sinembargo a fórmulas de ingenuidad pueril la poesía que iba descubriendo en las efímeras formas de la vida.

Como los grandes maestros de la estatuaria griega, que solamente crearon unos pocos tipos de belleza, reproducidos después por discípulos y sucesores, los poetas chinos, por su parte, han venido explotando, desde la más remota edad, unos mismos temas, valiéndose de corto número de selectos símbolos, accesibles a todos.

Su flora poética no va más allá de una docena de plantas; entre ellas el duraznero, el bambú, el sauce y el nenúfar. Por exquisito eufemismo, casi nunca mencionan las adormideras, esas galas sobrevivientes de su Edén perdido.

Una decena de animales, compañeros del ave Fong-huang, que envejece en paz bajo el silencio de los grandes árboles, completa la fauna de la poesía china. Y otros tántos seres visibles acuden continuamente a su memoria, al tomar el pincel de escritores. Alfabeto figurado de que se sirven para cantar el amor, la fidelidad, el coraje, el tedio, la destrucción y la belleza.

Tan hondamente cargados de sentido vivieron esos símbolos, durante millares de años, en la conciencia de los chinos, que su simple enunciación basta para sugerir todo un mundo de ideas y sentimientos.

Su exposición es muy sencilla y asume, a

(Pasa a la página siguiente.)

Mensaje

(Li-Tai-Po)

Amigo, yo te ruego
no vengas a buscarme.
Tengo junto a mi choza
plantados unos sauces,
y si los pisas, mueren,
y yo no debo amarte,
pues soy muy obediente
al querer de mis padres,
y el día que les dije
la falta que me haces,
el ansia que me inspiras,
oí duras verdades.
Amigo, te prevengo
que del portal no pases,
pues del menudo sándalo
que riego por las tardes,
pueden tus pies incautos
quebrar las ramas frágiles.
Mi corazón ya nunca
será posible darte,
porque un hermano tengo
de rígido carácter,
que con ceñudo rostro
me ha prohibido amarte.

Amigo, yo te ruego
que el barandal no arrases
en que nos recostamos
a hablar la última tarde,
pues arrancar podrías
el rosal que tú sabes,
cuyo perfume aspiro
cuando la noche cae....

La rosa roja

(Li-Tai-Po)

Está el guerrero ausente.
Su amante compañera
—el corazón henchido
de lánguida tristeza—
borda una rosa blanca
sobre un cojín de seda.
Pínchase. De su mano
fluye la sangre trémula
que al punto en encarnada
la rosa blanca trueca.

Su alado pensamiento
va a él, se hunde en la guerra:
¡Quién sabe si su sangre
las nieves enrojezca!
Aun el galope escucha
de algún corcel que llega.
¿Será por fin su amado?
¡No es él! Es que golpea
con ritmo presuroso
su corazón en pena.

Ella se inclina entonces
sobre el cojín de seda
y va bordando en plata
sus lágrimas que ruedan
y esmaltan la frescura
de aquella flor sangrienta.

¡Adiós!

(Li-Tai-Po)

El pájaro ***yuén***
y el pájaro *yang*,
nadan en el *King*,
reman sin cesar,
y uno junto al otro
bogan al azar
en las ondas trémulas
que huyen hacia el mar.

Si el pájaro *yuén*
ríndese a su afán,
la fiel compañera
bajo los juncales
frena su remar.
Ambos prefiriesen
la muerte y el mal
de vivir cautivos,
antes que escapar,
si al huír separan
su felicidad.

Dueño de mi vida,
no volveré más.
El río a su fuente
no puede tornar,
ni vuelve la rosa
que cayó, al rosal.

Há mucho se afirma,
pero no es verdad,
que son insensibles
las plantas.—¿Qué harán?
Aquellas que viven
unidas, ¿qué harán?
Una vive y muere
sobre el pedregal,
donde el viento alado
soltó la semilla
que la hizo brotar;
perece la otra
cuando el vendabal
asuela el refugio
que le dió el azar.
La naturaleza
cuida con afán
a la flor, y el hombre
es sólo crueldad
para la mujer
que dejó de amar.

Dueño de mi vida,
no volveré más.
El río a su fuente
no puede tornar,
ni vuelve la rosa
que cayó, al rosal.
En recuerdo mío
guarda un talismán:
mis tres golondrinas
de jade sin par.
Ellas alumbraron
mi tímida faz
el día de bodas,
tan remoto ya.
Cuando por la noche
vayas a soñar,
con tu manga leve
las repulirás.
Y nunca la estera
do me acariciabas,
vuelvas a arrollar:
déja a las arañas
que armen el telar
y tejan encima
de su soledád.

Escúcha este ruego:
sábe conservar
el bloque de ámbar
do para dormirme
recliné la faz:
los sueños que él traiga
te recordarán
dichas que vivimos,
abolidas ya.
Dueño de mi vida,
no volveré más.
El río a su fuente
no puede tornar,
ni vuelve la rosa
que cayó, al rosal.

Omití decirte
que dejé olvidar
en tu cofrecillo
mi pintado chal.
El, sólo tus hombros
puede cobijar.
En cuanto a mi espejo
de terso metal,
que mi corazón
supo reflejar,
como un rostro el agua
de puro raudal,
a tu nueva esposa
bríndale. Quizás
te deje en su pecho
ver como en cristal.

Dueño de mi vida,
no volveré más.
El río a su fuente
no puede tornar,
ni vuelve la rosa
que cayó, al rosal.

---

menudo, carácter narrativo. Se advierte en los poetas de Catay, como en los bardos de la India, la huella de un contacto muy íntimo con la vida opulenta y monstruosa de las primeras edades, la que sólo ha servido a unos y otros de materia prima para extraer esencias sutilísimas de increíble finura. La delicadeza constituye el principal encanto de la poesía china, y es en ella condición vital característica. ¡Qué rudos aparecen los occidentales ante aquellos melindrosos decires, subrayados por las más ingenua y sugestiva sonrisa!

Para verterlos se impone apelar a los metros más conocidos y fáciles: al romance que, el primero, tradujo el sentimiento puro, natural y efusivo de nuestra raza. A veces el concepto es tan trivial de suyo, y va expresado en frase tan pedestre, que uno se siente cohibido y opta, al fin, por sacrificar la distinción a la fidelidad.

No deben buscarse aquí lujo de dicción, refinamientos de métrica, que desvirtuarían el aroma de los cantos originales. Los chinos escriben como pintan en sus biombos, como bordan sus túnicas: con frescura, con intención, con humildad, con gracia.

Hay poetas, de los vueltos aquí en español, anteriores a Confucio que precedió en quinientos años a la Era Cristiana, y que, refiriéndose ya a versos antiquísimos, decía: ***Elevemos el espíritu con la lectura del libro de las odas.***

Pertenecieron otros bardos a la dinastía de los Tang-la XIII, que comenzó el año 618 de nuestra Era. Fué esa la edad de oro de la poesía china; en su pléyade figuraron los mayores poetas del Imperio: Li-Tai-Po, Tu-Fu *y* Hang-Yu; *los dos primeros escribieron en estilo eterno y marcaron su obra con sello inconfundible.*

De aquel famoso té que le ofrecía el poeta Wuan-Tsi—*hacia el año 740—a un amigo suyo, de aquel té, con tanto esmero cultivado en un monasterio de la montaña de Ui, brindó perfumada taza un hijo de Francia a los sinófilos de Europa. Feliz de mí, si después de someter a segunda infusión esas mismas hojas, puedo ofrezerla, aunque no en vaso azul de Ni-Ging, a aficionados curiosos, por si logran sentir siquiera un leve dejo de aquel licor de divino aroma que acendró para hombres sencillos la complejidad insondable del Celeste Imperio.*

Guillermo Valencia

Belalcázar. 1928.

Ultimo paseo

Soltaste en el camino
el rojo tulipán que yo te diera,
y cuando alcé la flor,
me pasmó su blancura.

En Primavera
había nevado sobre nuestro amor...

La canción de Fo-Lí

(*Anónimo—Hacia 1600*)

Cuando el sol emerge
tras de las montañas,
dora nuestro asilo,
puro como el ágata:
en tierras de Thsin
brilla nuestra casa.

El país de Thsin
tiene una muchacha:
Fo-Lí la pusieron
y a todos encanta.
Gusanos de seda
cuidadosa guarda;
por buscarles hoja
rinde heroicas marchas,
mas cuando son flores
de morera blanca
lo que ella persigue
por rutas lejanas,
como japonesa
se peina y alhaja.
Dos perlas redondas
a la oreja engarza,
y viste dos túnicas:
de rosa y naranja.
Toma un canastillo
cuya leve asa
formó de una trenza
de seda azulada.
El gobernador
de provincia extraña
hallósela un día
siguiendo el camino
que del Sur arranca.
Sus cuatro caballos
detuvo al mirarla,
y díjole al jefe
que rige su guardia:
«Pregúnta a esa bella
su edad y su raza.»
Fo-lí dijo al jefe:
«Por tierras lejanas
del país de Thsin
hay linda muchacha,
color de canela,
que Fo-lí llamaban,
y a quien todavía
veinte años no amargan.
Ella no es muy joven
porque sólo quince
de cumplir acaba.»
El gobernador
de esa tierra extraña
aun díjole al jefe
que rige su guardia:
«Véte y le preguntas
a aquella muchacha
si conmigo gusta
proseguir su marcha.»
Fo-lí contestóle
con la vista baja:
«¿El señor no tiene
mujer a quien ama?
Fo-lí tiene un novio,
y en tierras lejanas
del país de Thsin
su novio la aguarda.»

Rueda nuestro barco

(*Chang-Wu-Kien*)

Desliza el junco sobre el agua muda.
Tras el vergel que aroma la ribera
saca, de blanca nube que la escuda,
su azuloso perfil la cordillera.

La leve mano en la corriente hundida,
mi amiga se adormece, mientras posa
sobre su fresca espalda estremecida
el iris de una errante mariposa.

Al volar, le seguí con la mirada
hacia Chan-Gan, su tembloroso tul...
Eran tal vez el sueño de mi amada
las alas que seguí por el azul.

Tormenta oportuna

(*Chang-Wu-Kien*)

La lluvia maldije que azotaba el techo
y no me dejaba dormir.
Maldije del viento que vino a robarme
galas del jardín;
pero tú llegaste, y alabé la lluvia
cuando te quitaste
tu empapada túnica;
y al viento dí gracias
porque con sus soplos
apagó mi lámpara.

La dicha

(*Wang-Wei*)
VII-S.

Soy viejo, nada tiene
halagos para mí.
De ingenio corto, nunca
tengo una idea feliz,
y fuera de mi selva
ni un palmo conocí.
Los azulosos dedos
de esta luna de abril
en mi laúd se enredan,
y un viento danzarín
se olvida de las nubes,
me intenta desceñir.
Cuál, la suprema dicha,
me preguntáis a mí?
—Pues escuchar el canto
de una niña gentil
que preguntó el camino
y sigue, hasta borrarse en el confín.

La flor del duraznero

(*De Tsé Tié*)

Robé a un duraznero dormido
una corola sonrosada,
para ofrecérsela a mi amada,
ya que su boca como un nido,
por lo pequeña y delicada,
es la corola nacarada
de un duraznero florecido.

Agazapándome entre brumas,
a su nidal la golondrina
robé, de negrísimas plumas,
para ofrendársela a mi amor,
cuyas cejas de azul negror
fingen alas de golondrina.

Del duraznero florecido
ví, al despertar, la flor marchita:
el ave se había escabullido
a la azul montaña infinita.

Pero los labios de mi amada
tentaban, como siempre, rojos,
y sus cejas de pincelada
aún no volaban de sus ojos.

Consejo

(*Tchang-Kiou-Ling*)
714-786

En Kiang-Gang vi naranjas
menudas y rojas
que no seca la brisa invernal.
Lo que vale decir: tiene un clima
muy dulce Kiang-Gang.
Mas también, como en todos los climas,
muriéndose vi
sobre el árbol las flores de almendro.
Si has sentido tu dicha muy frágil,
no vayas allí.

Si estuviese contigo

(*Tu-Fu*)

Si estuviese contigo,
junto a tus camaradas
de la lejana guarnición, tu pecho
no sentiría que el valor le falta.

Viví por varios meses
con delicia inefable,
mis túnicas bordando en telas finas
para realzar tu dignidad de padre.

Cuánto ahora me aflige
llevar mi triste suerte;
he renunciado a todo, a las alhajas,
no cuido ya de flores ni de afeites;

Mas, cuando por ventura
en parejas las aves van pasando,
pienso en ti, las envidio y me pregunto:
¿Cuándo mis besos volverán a hallarlo?

A un amigo

(*Wuang-Tsi*)
723-757.

Para pagarte el favor
de darme esta poesía
de Tsu-Kia-Pé,
mi cortesía te envía
unas hojillas de té.

Ellas vinieron aquí
del árbol que en gran misterio
florece en un monasterio
de la montaña de Uí.
Y a fe,
es el más ilustre té
que guarda todo el Imperio.

Procúrate un vaso azul
de Ni-Ging,
transparente como un tul,
y llénalo de agua helada
que haya sido trasegada
a la salida del sol
en la falda del volcán
Su-chán.

Colóca ese vaso luégo
sobre moderado fuego,
prendido con las astillas
perfumadas y amarillas
de un canelo inmemorial,
preservadas bajo musgo
de muy remoto vivir,
y déjalo hasta que el agua
rompa en alegre reír.
Viértelo entonces en una
fina taza de Huen-Tché,
do habrás puesto unas hojillas
de mi té;
cúbrelo con un cendal
de seda blanca, tejido
como el más precioso chal,
y espéra riegue su olor
o perfume, comparable
al del jardín adorable
de Fung-Ló.

La taza lléva a los labios.
Es el instante preciso.
Ahora ciérra los ojos:
¡Estás en el Paraíso!

Las dos flautas

(*Li-Tai-Po*).

Una tarde que estaba aspirando
perfume de flores a orillas del Kén-lo,
me trajo la brisa
la canción de una flauta distante.

Para responderle,
otra flauta labré de un carrizo,
y arrullé con su trino sereno
la noche encantada.

Desde entonces supieron las aves
que al dormirse la luz vespertina
los dos seres ignotos conversan
una lengua que entienden las aves.

A orillas del Jo-Yeh

(*Li-Tai-Po*).

Recogen las bellas nenúfares
en las orillas del Jo-Yeh;
entre los ágiles bambúes
semiocultas, ríen de placer,
y el agua refleja sus túnicas
que aroman la brisa, de té.
De súbito se oyen jinetes
que cruzan la ruta montés;
relincha un caballo; su dueño
lo pára por ver, y no ve.
Escruta los sauces en vano.
Silencio. Se aleja después.
En tanto una linda muchacha,
soltando sus flores al pie,
refrena en su pecho a dos manos
a Amor, que lo quiere romper.

Una mujer fiel

(*Tchan-Tsi*)
Hacia 800

¡Señor! Me has abrumado
con tu gentil ofrenda.
Mi admiración ensalza
tus dos hermosas perlas;
mas su fulgor me cubre
de confusión extrema.
Permíteme que ahora
te diga, sin ofensa,
que le he jurado a un hombre
fidelidad eterna.

Tal vez ignores cómo
mi familiar bandera
en el jardín sellado
del gran Palacio ondea,
y que mi noble esposo
la lanza de oro ostenta
de Ming en la pagoda,
por imperial entrega.

Como no dudé nunca
de tu amistad sincera,
ni del tono exquisito
de tu delicadeza,
las perlas he prendido
sobre mi chal de seda:
recógelas ahora,
y llévate con ellas
también estas dos lágrimas
que en mis pestañas tiemblan.
¡No haberte conocido
cuando estaba soltera!

(En una de las próximas entregas concluirá esta selección)

La Tarasca en Ginebra

Traducción del Dr. Viriato Figueredo Lora, *especial para Rep. Am.*



Las fiestas en honor del Ródano, que con gran pompa se celebraron hace algunos días en Ginebra, unieron fraternalmente a los ribereños del gran río y dieron la ocasión para que dicha ciudad albergara un huésped cuya celebridad es legendaria: la Tarasca.

La Tarasca era un monstruo formidable «mitad animal, mitad pescado, dice la *Leyenda dorada*, más grueso que un buey y más largo que un caballo, con dientes agudos como cuernos y grandes alas en los dos lados del cuerpo; había venido por mar de Galacia; sus padres eran Leviatán, monstruo en forma de serpiente, y la Onagra, animal terrible que quema como el fuego cuanto toca.» Este monstruo tenía su guarida cerca de Tarascón: mataba a todos los viajeros y volcaba todos los barcos; la sola infección de su aliento pestilencial bastaba para quitarle la vida a cualquier ser que se le acercara.

Es éste el dragón que Santa Marta, la huéspeda de Cristo, en el curso de la evangelización de la Provenza, rindió más dulce que un cordero y condujo a Tarascón, en donde la población aterrorizada lo mató llena de gozo.

La narración de esta epopeya famosa nos ha sido legada por el bienaventurado Jacques de Voragine y por el monje Raban Maur, dos famosos mitógrafos, es decir, dos grandes inventores de leyendas. La narración grandilocuente de la edad media, Mistral, en su inmortal *Mirella*, la transformó en la simple y poética narración que dice: «Mas tú, a dónde vas, dulce virgen?... Con una cruz, con un hisopo Marta caminaba serena y directamente contra la Tarasca: los Bárbaros, que no podían creer que aquélla se defendería, para mirar el combate insigne, habían subido a los pinos del lugar.

»Despertada con sobresalto, perseguida hasta su cubil, hubo de verse saltar el monstruo! Mas bajo la lluvia santa él se retuerce, en vano él gruñe, silba y sopla... Marta, con una débil traílla de musgo, lo enlaza y lo conduce, aun cuando todavía él resopla... El pueblo entero corrió a adorarla!»

El combate de Marta contra la Tarasca es un episodio del ciclo maravilloso de las leyendas de la Provenza iluminada; él nació en las Santas-Marías del Mar, en dónde desembarcaron, después de un viaje hecho en un nave, sin víveres, sin velas, varios discípulos del Señor expulsados de la Judea, los cuales se esparcieron en la Galia, sembrando por doquier la palabra del Evangelio, haciendo muchos milagros y conversiones innumerables. Las reliquias de estos santos personajes se veneran en las Santas Marías del Mar, en San Maximino, Arlés, Tarascón, y en otros sitios también, y en todas partes fueron exhumados sus huesos de las criptas en que los paganos que ellos evangelizaron practicaban el culto de Mitra.

Esas tradiciones están tan arraigadas en el espíritu popular que el simple hecho de ponerlas en duda suscita polémicas vehementes animadas por el ímpetu y el acento meridional.

La Tarasca tiene ahora su antro en el *muséon Arlaten*. Durante el día, ella reposa impasible, inerte, la mirada apagada, las escamas recubiertas de una fina capa de polvo, entre las colecciones de vasijas romanas y de tamboriles evocadores del *más* y de la *pinéde*. En la noche, cuando se animan las cosas muertas, ella hace temblar con sus aullidos, que se parecen tanto a los silbidos del mistral que pueden confundirse con ellos, a los santos de madera inocentemente esculpidos y a los personajes de cera de las escenas de la vida provenzal de antaño.

El animal legendario partió en viaje y remontó el curso del Ródano. Y esta escapada de la Tarasca no ha sido solamente un detalle jocoso de las fiestas celebradas, sino que ella tiene el valor de un símbolo. Cuán cautivante es, en efecto, confrontar en esta ocasión las leyendas de los ribereños del río desde la fuente hasta el estuario. He ahí un capítulo nuevo e inédito para agregar a la historia del Ródano: ruta de costumbres y de ideas.

Aún quedan testimonios de la época en que los primeros cristianos reemplazaban en el curso del largo camino las leyendas paganas con tradiciones piadosas. ¿Los Capiteles de Valére y los bajo relieves de Saint-Trophlme no tienen acaso el sello de las luchas épicas contra los mismos dragones?»

Jean Rumilly

Ginebra, Julio, 1929.

Estampas

Gottverfluchte Studium

Si en vez de Consejero de Estado en Rusia hubiera sido Maximiliano Heine alto miembro del Foro, no hubiesen ido a la hoguera las páginas de las Memorias de su hermano Enrique, relativas al origen judío de la familia Heine, sino aquellas tremendas contra la Jurisprudencia y los juristas. No tendríamos hoy documento que revelara tan admirablemente el pensamiento de un hombre en lucha contra una vocación errada. Al espolvorear prestigios sobre su casta podrían los juristas del mundo haber proclamado el nombre del abogado Enrique Heine, con el *post scriptum* de haber sido además gran poeta y excelente pensador. Pero Heine edificó un dique entre su vida excelsa y la profesión en que su madre lo embutió.

«Llevé a término—dice—ese estudio maldito de Dios *(Gottverfluchte Studium)*, pero no pude nunca decidirme a hacer uso de tal adquisición; y presintiendo acaso que en abogacía y rabulistería cualquiera podría vencerme con facilidad, decidí colgar mi birrete doctoral.»

Este pasaje de la autobiografía de un espíritu alentado por el fulgor del genio nos ha hecho meditar en lo que hay de trágico en esta enseñanza del Derecho. Estudio maldito de Dios! En toda la urdimbre de esa ciencia, «la más liberal de todas», ha debido sorprender la intuición de Heine una inmensa y trágica mentira. ¿Quiénes pusieron los fundamentos de esa ciencia? Los romanos, necesitados de amparar y dar perennidad a sus conquistas guerreras. Por esa circunstancia era «el ladrón soldado y abogado al mismo tiempo». El Derecho romano se halla «en viva contradicción con la religión, la moral, los sentimientos humanos y la razón». No improvisa Heine juicios. Era un graduado de la recién fundada universidad de Bonn a cuya Facultad de Derecho habían sido llevados «los más célebres profesores» de quienes ingirió «el maná de su sabiduría». Palpó entonces cuanto hondón hay en esa ciencia y pudo así juzgarla con buen lastre. Por eso la expresión con que la condena no es una simple frase y mueve el pensamiento a la meditación.

Hay en el Derecho un poder satánico que pugna por deformar la conciencia del hombre que lo estudia. ¿Acaso el del romano ladrón soldado y abogado? Heine lo sintió como una miasma en torno a su espíritu libre y no pudo contener la expresión: *Gottverfluchte Studium*.

Cuando esa deformidad trabaja en el alma del abogado litigante, moldea la figura más repugnante personificada en el rábula. La rabulistería es la aplicación egoísta y calculada hacia resultados sombríos, de todos los principios del Derecho. Heine la vió accionando y la juzgó una maldición de los dioses. Atisba vidas y haciendas y se desliza por ellas con maña asombrosa hasta destrozarlas sin piedad en su propio provecho. No hay para el rábula conducta vedada. Lo que en este instante está haciendo aparecer encarnado, minutos después será pálido en el recinto siguiente. Y para todas las situaciones improvisa el apoyo jurado que pone sin vacilar el triunfo de su parte. Explota y fomenta la miseria y la desvergüenza humana.

¡Cuántos pensaron que la rabulistería es sólo sarna de seres entecos! Tan horrible es que sólo es concebida para cundir en suelos áridos. Mas, desengáñense los que libran del cordón sanitario al togado de copete. Éste, como

rábula mayor, tiene acceso a campos de negocios más voluminosos, siguiendo allí los mismos procedimientos que el rábula menor. Para ambos lo escrito por Gracián: «Déjenme ver el proceso, dice el abogado: quiero ver el testamento, veamos papeles. Y tal es el ver, que acaba con la hacienda y con la sustancia del desdichado litigante, que en sólo haber ido a él ya fué malaconsejado.»

Esa tragedia resultante del ver para diluir hacienda y sustancia fué la que el poeta genial sintió momento por momento hasta el final de sus estudios coronados con el birrete doctoral. Se le impartió la suma enseñanza y sin embargo no apuntó en su vida el ala de plumajería robusta. La rabulistería asomaba ante su conciencia, bien organizada para el triunfo.

También el inconforme de Swift mandó a su héroe a las praderas del reino de los Houyhuhnms o caballos, a referir a los pobladores la existencia de los rábulas y su conciencia la rabulistería. El Dean los observaba en 1726 y eran ya «una sociedad de hombres adiestrados desde su juventud en el arte de probar con palabras multiplicadas por el fin, que lo blanco es negro, y lo negro blanco, según la paga recibida». ¿Han variado a la distancia de dos siglos? En nada. Esa sigue siendo la ley fundamental y no lleva trazas de dejar de serlo.

Qué verdades más tremendas contó a los caballos el correvedile de Gulliver. El Dean le llenó la cabeza de cuanta observación había logrado hacer en la rabulistería de la Inglaterra de 1726. Pensó sin duda que divulgando sus vicios harían escarnio de ellos los hombres y una aurora limpida tendría que llegar para aquella oscuridad tenebrosa. Le siguió las huellas fielmente y el mal no lo sorprendió tan sólo en el litigante. Señoreábase tambien es el juez con un señorío pleno.

¡Cosa terrible para un país! Que el litigante se corrompa y se achate, que vuelva lodo el polvo que trajina. Todo ello es calamidad. Pero si hay tribunales que contienen la avalancha emporcada, al final ni la dignidad, ni el decoro humanos sentirán mengua. Cuando Swift observó para armar de censura a Gulliver, los jueces eran «personas designadas para decidir todas las controversias acerca de la propiedad, así como los procesos criminales, escogida de entre los abogados más sagaces, que se han envejecido o aperezado, ladeados toda su vida contra la verdad y la equidad, bajo la necesidad fatal de favorecer el fraude, el perjurio y la opresión».

Estamos siempre con el pensamiento en la expresión de Heine: *Gottverfluchte Studium*, y a medida que otras mentes igualmente selectas nos proporcionan su acusación contra la rabulistería, comprendemos con qué profunda verdad la dijo el graduado de Bonn. Swift lo único que inventó fué a su héroe y la geografía que lo hizo trajinar. ¿Quién comparando sus referencias, no ve al instante que han seguido encarnándose de siglo en siglo sin ninguna variación? Los países tienen ese mal en sus juventudes de togados sin la resolución viril del grande hombre de Alemania. Sin pretender que den al mundo un gesto tan heroico, si hay que exigirles una transformación total de la ciencia a que se acogen como sostenedores que marcan el paso. Deben esas juventudes coronadas con el birrete doctoral abrir su espíritu a la creciente de desconfianza y de condenación que los países van lanzando contra ellas. Lean esas juventudes el capítulo de Swift en que detalla para la eternidad los procedimientos de la rabulistería. Pero léanlo sabiendo que Gulliver no hizo viajes para deleite de niños, que es el concepto pueril infundido en los colegios nuestros. Hay en el libro del Dean una profunda y eterna sabiduría que sólo se logra comprender cuando ya ha pasado en el hombre la edad vacilante. En los jóvenes abogados esa edad se ha ido y no obstante la miopía en que su escuela los echa al mundo, lean el capitulo de Swift que a la rabulistería se refiere, sin juzgarlo leyenda, sino las más tremenda acusación contra esa pseudo ciencia de que se les atiborra.

Juan del Camino.

San José y Setiembre del 29.

Tablero
1929

Dos libros de José Carlos Mariátiga aparecerán próximamente en Buenos Aires:

Defensa del Marxismo y *El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy.*

El Dr. Carlos E. Restrepo, la Constitución y los gastos públicos

Medellín, junio 28 de 1929.

Señor Dr. Antonio Pérez Rincón.

Bogotá.

Muy distinguido doctor y amigo:

Con su atenta carta del 21 de los corrientes recibí una copia de la importantísima conferencia que ha escrito Ud. sobre temas administrativos

Es para mí una verdadera satisfacción el que sus ideas coincidan con las mías en puntos que ambos hemos tocado, como son los que se relacionan con centralización y descentralización. Como Ud., creo que lo que principalmente necesitamos en Colombia es una organización científica de la administración nacional, algo así como lo que Fayol y su escuela piden para Bélgica y Francia. Me parece que la Constitución no hay que tocarla sino en unos pocos puntos administrativos, que generalmente son los que menos apasionan a los partidos. Si en mis manos estuviera, yo me limitaría a introducir en ella estos tres puntos: Primero, decretar como constitucional la fuerza restrictiva del presupuesto; segundo, prohibirles a las cámaras iniciativas en los gastos; y, tercero, separar los bienes nacionales, departamentales y municipales.

Como Ud. toca con su inteligente conferencia tantos puntos de administración y de tan grande entidad, me sería difícil en una carta darle mi desautorizado parecer sobre cada uno de ellos; me parece que es lo mejor que usted la publique para que así puedan estudiarla despacio las personas competentes. Desde luego, yo la recomendaré a mis amigos que van a las cámaras y especialmente al doctor Francisco de Paula Pérez, que en varios puntos tiene las mismas ideas que nosotros.

Lo felicito por su inteligente y laborioso trabajo y me es grato repetirme de usted amigo afectísimo.

C. E. Restrepo

(*El Tiempo*, Bogotá.)

Donde el ciudadano no vote votará el cacique

...Hombres que viven en contacto con la política mundial saben de sobra que hoy no hay país alguno que no lleve en su seno problemas candentes, cuestiones apremiantes y difíciles, que dividen y apasionan a la opinión pública. Donde la opinión pública no se agite intensamente alrededor de esos problemas no cabe pensar que los problemas no existen, sino que lo que no existe es la opinión, una opinión ciudadana consciente, ilustrada y vigorosa. En una nación la paz interior es siempre un bien. Pero la pasividad colectiva, en cambio, puede ser el peor de los males.

Marcel Ray, en *Le Petit Journal*, y en un artículo de tendencias favorables para la dictadura española, incluía, sin embargo, entre sus varios epígrafes uno redactado en estos términos: «La indiferencia política del gran público.» Para el periodista francés, los españoles son, en este respecto, de una prodigiosa y soberana indiferencia. «No creen en la política, rehusan entusiasmarse o indignarse y se dejan muy fácilmente gobernar, sin preocuparse demasiado de quién los gobierna. En este país, donde las luchas de los partidos y el falseamiento de las elecciones han constituido siempre el pasatiempo de una minoría, el español de tipo medio sigue siendo un simple espectador de las convulsiones políticas, como de las corridas de toros...»

Esta afición española a ver los toros desde la barrera como pasivo espectador, resulta incompatible con la realidad política de nuestra época. Vivimos en una época de masas y en una civilización política de multitudes, que se caracteriza en todos los pueblos por la creciente participación de los millones de ciudadanos en el gobierno de su país. La vida entera se ha hecho democrática. Recordemos lo que han sido estos últimos tiempos las elecciones francesas, las alemanas, las inglesas, para no citar más que las tres primeras naciones de Europa. En las tres el pueblo eligió libremente su propio camino, y en las tres lo eligió hacia la izquierda. Hoy el nivel político de un pueblo se mide por su capacidad de regirse a sí mismo.

Todos los males, todos los vicios de la política española provinieron siempre, en el fondo, de la ausencia del pueblo. Donde el ciudadano no vote votará el cacique. Donde las muchedumbres no se agrupen en partidos verdaderos, turnarán en el Poder sombras de partido. Donde el pueblo, sentado tras de su barrera, no intervenga en la vida pública, poco se ganará con que cambien y se remocen las cuadrillas.

Lo que siempre nos perdió fué esa abstención política del español de tipo medio. Por lo tanto, todo lo que tienda a invitarle al silencio y a la inacción agravará el mal. Y todo lo que le llame y hasta le empuje a intervenir con plenitud jurídica y amplia libertad en la vida y en el gobierno de la nación será un comienzo de remedio.

Claro está que esa intervención auténtica de todos los ciudadanos, con sus naturales discusiones y su inevitable lucha de doctrinas e intereses, no dejará de ofrecer las vicisitudes y dificultades que son inherentes a la misma existencia humana. Vivir es arriesgar. No hay quietud perfecta sino en la sepultura. Mas tengamos en cuenta que haciéndose dueños de su propio destino, de sus propias libertades, sólo podrían peligrar, en todo caso, los pueblos que se hallaran en momentos de interna decadencia, de vitalidad descendente. Por fortuna España se encuentra en horas de vitalidad ascensional. Lo mismo que ha empezado a renovarse en otros aspectos, será capaz de realizar también, democráticamente, su renovación política.

Luis de Zulueta

(*El Sol*. Madrid.)

¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?

...La creencia, mejor dicho, la superstición de que el extranjero es un ente superior a nosotros en todo y por todo no es exclusiva del pueblo colombiano. Casi todas las naciones creen en la superioridad de los otros pueblos ya en todos los aspectos de la vida, ya en algunos de ellos solamente. Hace unos treinta años aparecía en Francia un libro titulado *¿En qué consiste la superioridad de los anglosajones?*, y al doctor Gustavo Le Bon, filósofo de una fecundidad tropical y de una memoria notablemente frágil, escribió más de un volumen para demostrar que las razas latinas estaban destinadas a ser la presa fácil de las teutónicas, principalmente por la fe que aquéllas tenían en las doctrinas colectivistas y por el valor que las otras le concedían al esfuerzo del individuo. Sucedió que en una prueba real apenas concebible por una imaginación descarriada, Francia, la flor del mundo latino, superó en constancia, en espíritu de sacrificio, en la obra realizada no sólo a sus enemigos sino también a sus aliados. Era la nación en decadencia, según Desmoulins, y en inminente peligro de disolución conforme a las profecías de Le Bon. Para hacer más completo el desacuerdo entre los pronósticos lastimeros del filósofo francés y los hechos posteriores, ha venido a ocurrir que en los países teutónicos de Europa ha prendido la idea colectivista con más vigor y extensión que en la Francia de nuestros días. La idea de superioridad de unas razas y pueblos sobre otros continúa, sin embargo, apoderada del ánimo de las gentes especial y tenazmente en Colombia.

B. Sanín Cano

(*El Tiempo*. Bogotá).

Contra el parlamentarismo a la siglo XIX

Querido Sr. García Monge:

El *dictador* acaba de dar a los españoles una nueva constitución, y naturalmente los intelectuales, profesores, sabios, socialistas, liberales, republicanos, etc. la han encontrado mala; y pésima debe ser, una constitución hecha sin consultar al pueblo, que es el único que tiene derecho a disponer de sí mismo, en estos tiempos del siglo veinte. Pero lo interesante es que los intelectuales, sabios, profesores, socialistas—¡qué socialistas!—y republicanos no tienen todavía nada mejor que la constitución del 68 o del 53—no estoy seguro de las fechas, es decir aquella del—*si Torrijos murió fusilado—no murió por cobarde y traidor—que murió con la espada en la mano—defensando la Constitución*—o acaso aquella otra constitución que se cantaba así: *Del pino nace la piña—y de la piña el piñon—del corazón de Espartero—nace la constitución!*

Esto debe servir de lección a los intelectuales de América. En España el *dictador* les ha dado seis años para pensar una cosa mejor, y lo cierto es, que si ellos hubiesen tenido algo, aunque no fuese mejor, el dictador no hubiera durado ni un día. Porque en España, nadie quiere la dictadura (yo creo que ya ni el mismo dictador) pero la inmensa mayoría de las gentes, que los intelectuales dicen que no quieren nada, que son abúlicos, que forman una nación sin pulso, invertebrada, y qué se yo... si quieren ahora y quieren fuertemente, quieren que no vuelva aquello, *lo otro*, el parlamentarismo del siglo XIX, que no era parlamentarismo, ni democracia, ni nada...

Tengo aquí una carta de Don A. O. y G. que fué tres veces ministro de Gobernación (Interior) en gobiernos conservadores, que dice: «*Se equivoca Ud. al creer que los políticos del antiguo régimen eran corrompidos y mal intencionados. Dificilmente se encontraría uno que hubiese tomado cinco pesetas, pero tampoco se encontraría uno que hubiese dedicado ni cinco minutos a los asuntos propuestos a su cargo.*» Lo de las cinco pesetas yo lo dudo mucho, pero en lo de los cinco minutos estoy conforme. Voy a explicar dos anécdotas que agradarán a los americanos. Le preguntaron al ministro de Ultramar, Don Víctor Balaguer, por cierto catalán, cuantas islas habían en las Filipinas. El ministro de Ultramar dicen que contestó: —Muchas; muchísimas!—¿Pero cuantas, diga Ud., don Víctor, cuantas?—Muchas, muchísimas, un verdadero archipielago. Es todo lo que sabía de las Filipinas!

Otro ministro de Ultramar puso una contribución desaforada sobre el tabaco. Los tabaqueros cubanos le explicaron que si bien ciertas clases de tabaco, la *capa* por ejemplo, podía pagar esta gavela, en otras clases era completamente fuera de razón. El ministro dicen que dijo. —¿Pues, por qué no cultivan Uds. no más que *capa*?

Así iban las cosas, no solamente en España y en América, sino en todos los demás países de Europa al comenzar el siglo. Parece mentira que un régimen que fué puesto en la picota por libros como la *Isla de los Pingüinos* de Anatole France o la *Vuelta a Matusalen* de Bernard Shaw, pueda tener todavía defensores. En España basta leer el libro de Azorín con sus experiencias parlamentarias.

Lo peor es que cuando este régimen se instauró en nuestros países era ya anacrónico. Hasta por fuera los Capitolios y Parlamentos son neoclásicos. Columnadas, leones, cúpulas y escalinatas, maceros con pelucas, inscripciones en latín, muchas balanzas de la justicia y manojos de astas del tiempo de los romanos... esto es lo que se ve; lo que se oía era peor todavía: Tito Livio y Tácito disueltos en alcohol la mayor parte de las veces. Y este fué el régimen del siglo XIX, que llamamos *The industrial age*, la era de las máquinas y de la ciencia. ¡Qué escándalo! ¡Nadie hubiera confiado a los *oradores del Capitolio* la dirección de una empresa industrial y les dejábamos manejar el Estado! ¿Quién hubiera permitido al general Weyler o a Montero Ríos dar su parecer en el manejo de una hacienda? Y les dejábamos decidir la suerte de los pueblos. Eran gente inepta y mal preparada; Montero Ríos fué a presidir la comisión del tratado de París sin hablar una palabra de inglés, ni de francés... y Weyler era y es un botarate; no le permitiríamos sacrificar el cordero de Pascua y le encargamos la matanza de cientos de miles de guajiros cubanos. Y no se crea que Weyler se retirara después del 98... Todavía Weyler es una *posibilidad* en España, todavía conspira, todavía presidirá una *situación* liberal. ¡Sobre todo liberal! Porque Weyler es muy liberal, no lo olviden los americanos.

Hay que reconocerlo, el mal no era no sólo de los hombres, era del régimen también. Claro está que un gran hombre de Estado podía *manejarse* con un parlamento en el siglo XIX, pero las medianías no podían resistir uno o dos años de

oratoria gubernamental sin contagiarse. Yo ví en mi juventud a Maura derribar con un gesto, mágico, acompañado de un *latiguillo* teatral, al ministerio Villaverde y de paso matar a su apoplético presidente. Con un movimiento de manos, y dos o tres frases Maura creía aniquilar el autonomismo catalán—el *montón* como le llamaba en el Congreso. Un sarcasmo, una *interrupción*, un chiste cambiaban la economía nacional. ¿Para qué estudiar nada?—¡Qué necesidad había de proyectar una mejora! Dos cosas se necesitaban en el parlamento del antiguo régimen—¡qué delicia: antiguo régimen!—dos cosas: tener trastienda y ser buen orador!

A los que no tenían estas dos cosas y eran *amigos*, les hacían académicos, o embajadores. Maura, en sus últimos años, fué Director de la Academia española: hay que leer sus escritos de esta época, estaba enajenado; *la razón de la sin razón* le hacía escribir monstruosidades. Y sin embargo presidió el ministerio nacional en los críticos días de la guerra europea.

Los que muertos de hambre viajábamos como estudiantes a principios de siglo nos comunicábamos con regocijo las sandeces que oíamos decir a los embajadores. Se podía hacer un florilegio de frases que competían con la antología de *cosas buenas* que recordábamos de nuestros profesores. Un embajador español en Berlín aseguraba muy seriamente que el alemán era tan difícil, que *ellos*, los alemanes, no lo entendían. Otro se burlaba de los microbios: no creía en *esto que ven por el tubo*. Otro me decía: A mí nadie me la pega, que todo esto *de* Platón y Aristóteles lo hacían para ganar dinero y tener influencia... Qué extrañeza que, con tales *representantes*, tuviéramos guerra el 70, el 98, el 1914, etc. etc. La maravilla es que no hubiese una guerra cada año.

Yo no conozco los otros dictadores, ni al Rey Alejandro, ni Horty, ni Valdemaras, pero se acusa a Primo de dos cosas: de ser mujeriego y jugador. Primo, si fuera culto, podría decir: Mujeriego como César, jugador como Augusto... Pero naturalmente dirá: mujeriego y jugador como Uds. los señores del antiguo régimen. Y a este propósito voy a explicar una anécdota que se publicó en *El Diario de la Marina* y ha pasado desapercibida.

Al cabo de tres meses—o los que fuesen—de la dictadura en España, el Presidente del Congreso y el Presidente del Senado quisieron cumplir con su deber—y fueron a ver al Rey para recordarle que él había jurado la Constitución y que esta le obligaba—por el artículo 33 a convocar Cortes cada tres meses—o los que fueran.—Lo que don Alfonso contestó a los Presidentes lo sabemos por una comisión de cubanos que entró después a la Camara Real para presentar al Rey un álbum de firmas. Dicen que el Rey se paseaba arriba y abajo posiblemente excitado, y que les dijo a los cubanos que su respuesta a los presidentes había sido!—*Antes que el 33 está el cero!*... ¿Qué tono más elevado, no es verdad? El rey conocía a sus ministros; porque, según parece, en la ruleta el cero está antes del treinta y tres. Estos eran los argumentos que se usaban para gobernar en los tiempos parlamentarios—expresiones de timba o *lupanar*... como ahora, claro está!

Yo no quisiera que esta diatriba contra el régimen parlamentario *a la siglo* XIX, me hiciera pasar por partidario de los dictadores. Les agradezco una cosa, una sola, que hayan acabado con la vergüenza de *aquello*. Sus gobiernos no son mejores, algunos son muy peores, como el de Venezuela, pero tienen una gran ventaja:—son provisionales. Durarán más o menos pero no son infalibles y eternos, como Maura y Weyler. Con la excepción de Mussolini, no se han endiosado. La mayoría se declaran humildemente barrenderos, cuyo mayor mérito fué empuñar la escoba a tiempo. Todos confiesan querer retirarse, así que el pueblo les signifique su deseo de algo mejor. Y esto, *esto*, es lo que debe preocuparnos: lo que ha de venir; con el bien entendido que esto que ha de venir, no ha de ser la resurrección de un pasado—sino lo que convenga a las necesidades del hoy y del mañana.

No sólo sería criminal intentar una restauración del pasado, sino que además sería un fracaso. Si una de estas intentonas *liberales* de Venezuela consiguiera derribar a Gómez, a los tres meses habría *otro Gómez* en su lugar. No basta acusar, encontrar los defectos de un régimen, hay que proponer algo mejor, El pueblo no se mueve nunca por una política negativa—Pregunta siempre:—¿Y después qué vendría?—Y si no sabe lo que ha de venir; si no sabe qué va a ser mejor, mucho mejor de lo que tiene, espera, sufriendo, callado, como si sintiese satisfecho en su propia humillación. Pero ahora sabemos que la vida se mueve a saltos: la célula se divide con una agitación y temblores casi epilépticos; la crisalida que está *dormida* varios días súbitamente cambia su estructura y se hace mariposa en pocas horas. La evolución de las especies se explica por *mutaciones*. Lo mismo pasa en la vida de los pueblos: los filósofos se desgañitan, los críticos se encarnizan, los sociólogos teorizan, y todo parece tiempo perdido: pero un día las masas, con sacudida violenta, ponen en acción lo que se ha deseado pasivamente por varias generaciones. Treinta años después de la muerte del Cristo, había ya tantos cristianos en Roma para originar una persecusión. Medio siglo después de la muerte de Mahoma, los árabes habían conquistado las nueve décimas partes del mundo antiguo. El marxismo que había parecido una utopía buena sólo para libros, en diez días fué el programa de millones de rusos....

Todo lo que pensemos, sintamos y propongamos ahora, *unos cuantos*, tendrá consecuencias formidables en una docena de años. Y precisamente porque estamos en un período de transición; y el régimen dictatorial es provisorio. Se me dirá que los dictadores no dejan discutir estas cosas; que un parlamento por malo que fuese, se podría debatir y entre todos encontrar la fórmula que hoy nos falta. ¡Error! Los *señores* del antiguo régimen no nos hubieran aceptado en sus parlamentos... y además no es en la atmósfera teatral de un parlamento que el espíritu se manifiesta. Ya iremos a *nuestro* parlamento, cuando sea la hora. Antes hemos de fijar varios puntos esenciales del régimen futuro. Otros pensarán de otro modo, pero para mí son: Primero: Nacionalización de la producción y distribución, tanto de servicios públicos, como de empresas industriales, fuerzas y riquezas naturales. Segundo: Gobierno del pueblo y para el pueblo, pero no por el pueblo, sino por técnicos. Nuestro capitolio tendrá oficinas más que antesalas de *pasos perdidos;* tendrá más *bureaus* de *standards*, laboratorios, archivos de estadísticas y bibliotecas para cada ramo de la administración, que salones de conferencias. Tercero: El servidor del Estado, el *empleado* de la Nación será el sacerdote del futuro; los más románticos y más espirituales de nuestros hijos, o de nuestros nietos, en lugar de hacerse frailes, poetas o músicos (también habría místicos, poetas y músicos) serán los devotos colaboradores de esta obra colectiva para hacer más feliz al pueblo y a cada uno de sus individuos y también para que salga del pueblo un concierto de belleza, en lugar de la dolorosa confusión que percibimos ahora.

José Pijoán.

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.) San José, Costa Rica